



MEDITERRANEO ECONOMICO

Mediterráneo e Historia Económica

Coordinadores: Jordi Nadal y Antonio Parejo



VECINOS IGNORADOS: BRECHAS Y ENCUENTROS EN LA HISTORIA ECONÓMICA DESDE LAS DOS ORILLAS (EL MAGREB Y ESPAÑA)

Andrés Sánchez Picón ¹

1. Introducción

La conversión de España en un país de inmigración, destino de un potente flujo de personas desde la última década del siglo XX, es seguramente el principal acontecimiento de nuestro panorama económico y social. Las repercusiones económicas, sociales y políticas de un fenómeno absolutamente transversal, lo han situado en el centro del interés público en nuestro país, como desde hace ya algún tiempo lo había venido siendo en otros países con mayor tradición del resto de la Unión Europea. Los últimos datos apuntan que los residentes extranjeros son ya el 8% de la población española, situándose ya en la cota de los países europeos con mayor tradición receptora. La presencia de magrebíes entre el colectivo inmigrante es muy destacada y se sitúa actualmente en torno a las 376 mil personas (con tarjeta de residencia legal), entre las cuales las que son de origen marroquí tiene un peso abrumador (el 95%), con una tasa de crecimiento anual desde 1989 que se aproxima al 24%: Los originarios de esta nacionalidad se han convertido en el primer contingente de residentes extranjeros legales en España, seguidos por los ecuatorianos (191 mil personas que equivalen a poco más de la mitad de los de origen marroquí). En suma, la aportación de las personas de origen marroquí resulta decisiva en ese nuevo mapa sociodemográfico del país: en 2004 suponen el 77 por 100 de los residentes africanos y casi el 20 por 100 de los residentes extranjeros².

Nuestros vecinos del sur se han hecho presentes con rotundidad. Los temas norteafricanos han pasado del interés casi exclusivo de antropólogos, islamólogos u orientalistas, a convertirse en un ámbito que despierta la curiosidad de distintos científicos sociales (desde la ciencia política hasta la economía, desde la sociología al derecho). Este reciente interés ha servido para poner de relieve la profunda ignorancia que desde la orilla norte existe respecto a la realidad del otro lado del Estrecho. A pesar de los esfuerzos realizados, la herencia de una relación envenenada por la indiferencia, los malentendidos y los tópicos sigue presente³.

En este contexto, se puede destacar la falta de interés que las relaciones con el Magreb a lo largo de la historia y, en general, la historia económica de esa zona, han suscitado entre los especialistas. Trataré, en el presente texto de situar en una perspectiva de muy larga duración

1 Universidad de Almería.

2 Datos fechados a 30-06-2004, extraídos del Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales (Secretaría de Estado de Inmigración y Emigración).

3 SERNA, A. de la (2001). Sobre la desafortunada construcción histórica de la imagen del *moro* en nuestro país: MARTÍN CORRALES, E. (2002).

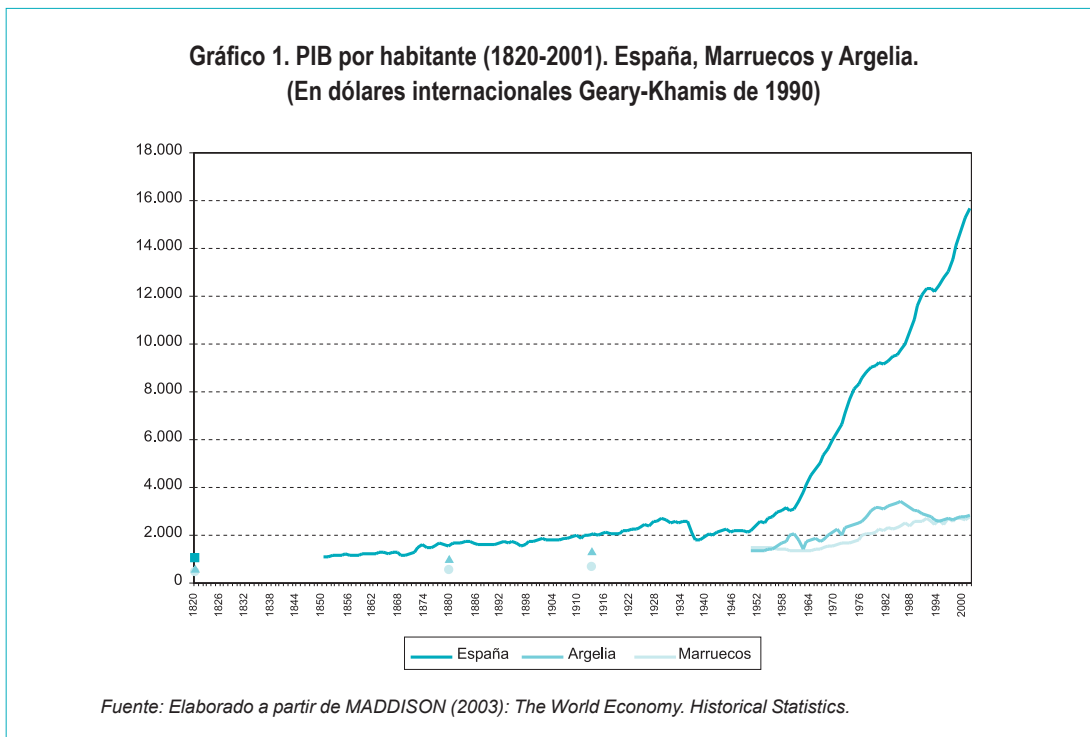


el proceso de distanciamiento de las economías de las dos orillas, así como los factores que han podido intervenir en las dispares trayectorias de modernización. El ámbito de este análisis, sin embargo, se centra geográficamente en los dos países más occidentales del Magreb, Marruecos y Argelia, que son aquellos que han concentrado la mayor parte de las relaciones de todo tipo (migratorias, económicas e incluso conflictivas) con España.

2. La brecha en las trayectorias de crecimiento económico

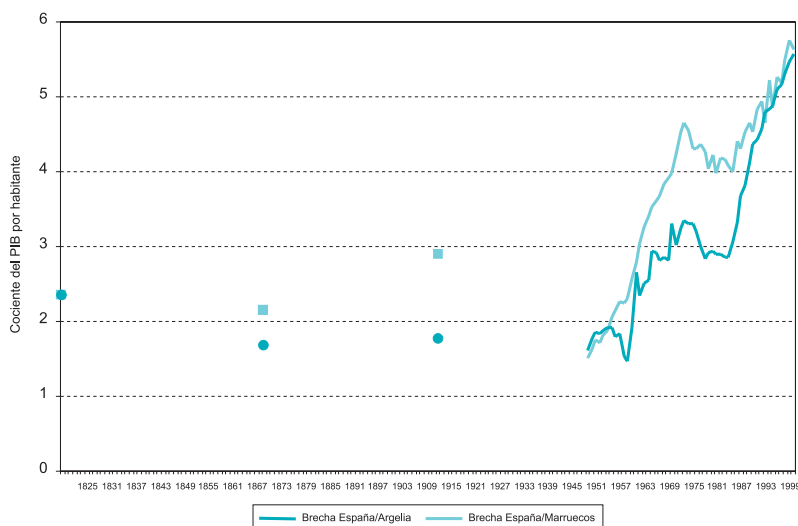
Los esfuerzos realizados recientemente por Maddison (2003) nos permiten disponer de estimaciones o conjeturas en los que fundar una comparación entre la trayectoria del crecimiento económico español y la de los países del Magreb que aquí se consideran: Marruecos y Argelia⁴.

La divergencia en los niveles de desarrollo de los países de las dos orillas mediterráneas se ha disparado en la segunda mitad del siglo pasado. Separadas por el estrecho y por el mar de Alborán, las economías española y magrebí presentan una brecha en su nivel de desarrollo que es la mayor de toda su historia. Un analista económico, Íñigo Moré, con experiencia en las



4 Las conjeturas que Maddison aporta para los países norteafricanos en fechas anteriores al siglo XX, resultan muy dudosas. Las utilizaremos como medio de disponer al menos de unos órdenes de magnitud. Para un análisis general de estos datos para todo el ámbito mediterráneo, véase la aportación de Carreras a este volumen.

Gráfico 2.
Evolución de la distancia económica entre Argelia-Marruecos y España (1820-2001)



Fuente: Elaborado a partir de MADDISON (2003): *The World Economy. Historical Statistics*.

relaciones con los países de la orilla sur, denunciaba que “la frontera más desigual del planeta se sitúa al sur de la Unión Europea”, para concluir que resulta suicida para España tener como vecinos a una población, la marroquí, con los que la distancia en renta por habitante (en términos nominales) se ha abierto hasta una relación de 12 a 1⁵.

Los datos de Maddison, a pesar de la fuerte carga conjetural para los dos países norteafricanos antes de 1950, nos ayudan a intentar situar en una perspectiva histórica la divergencia entre las dos orillas. A comienzos del siglo XIX el PIB por persona en España más que duplicaba (2,3 a 1) el de Marruecos. La distancia habría ido abriéndose ya en los siglos de la Edad Moderna si hacemos caso de las estimaciones que nos proporciona el mismo autor para el horizonte del año 1500, en el que el cociente de la renta española/marroquí estaba en 1,6 a 1. No sé si estos cálculos pueden ser tenidos en cuenta incluso para tratar de establecer unos órdenes de magnitud. Al respecto, Bairoch discutió las primeras reconstrucciones históricas de Maddison, con el propósito de minimizar la distancia existente entre los actuales países desarrollados y los subdesarrollados antes de la industrialización del siglo XIX, y concluir que a la altura de 1750 la brecha sería inferior a la relación de 1 a 2 y, probablemente, del orden de 1 a 1,5⁶. Sea como fuere, los datos publicados apuntan a que durante el siglo XIX y el primer tercio del siglo XX la distancia entre España y Marruecos se mantuvo (en 1870: 2,1) o se incrementó

5 Declaraciones en “El Mundo”, 31-03-2002. En términos nominales la distancia entre los PIB per cápita marroquí y español es de 12,6; en términos de paridad de poder adquisitivo, la distancia se reduce al 5,5. No obstante, Moré subraya que se trata de una de las mayores distancias entre vecinos que pueden anotarse en el mundo. Un análisis amplio del “escalón” hispano-marroquí en un contexto internacional en MORE, I. (2004).

6 BAIROCH, P. (1999).



en alguna medida (en 1913: 2,8), mientras que la existente con Argelia se redujo (1,7 y 1,8, para 1870 y 1913, respectivamente). Así mismo, las estimaciones de Maddison para 1950, en las postrimerías del Protectorado francoespañol en Marruecos y de la Argelia francesa, sugieren que en los veinte o treinta años precedentes, la convergencia habría sido significativa, ya que la brecha entre la renta española y la magrebí se había reducido hasta el 1,6 (Argelia) y 1,5 (Marruecos). La aproximación sería coherente también con el grave retroceso del crecimiento económico español que las reconstrucciones realizadas por los especialistas han detectado para las décadas de 1930 y 1940, como consecuencia del impacto de la depresión, la inestabilidad político-social, la guerra civil y la política autárquica⁷.

Desde ese momento, sin embargo, la distancia no ha hecho más que incrementarse. Los años del desarrollismo en España y los de la recuperación de la democracia y la integración en Europa, han cimentado los progresos de la convergencia de la renta española con los niveles europeos, a la vez que se ampliaba la distancia que la separaba de la de los países norteafricanos (en 1974 se situaba, respecto de Argelia y Marruecos, en el 3,2 y 4,5, respectivamente). El proceso de divergencia se ha mantenido constante en los últimos cuarenta años del siglo XX, con la mera detención de la segunda mitad de los años 70, en los que las dificultades de la economía española como consecuencia de los sucesivos *shocks* petrolíferos, detuvieron un tanto el distanciamiento; pero que tras la entrada en la Comunidad Europea, se dispara hasta situarse actualmente en el 5,5-5,6 (siempre en términos reales).

Resulta digno de reseñar, también, el claro retroceso de la economía argelina en la etapa final del proceso, en la última década del siglo XX, durante la cual ha perdido la ventaja que desde la colonización francesa y durante las primeras décadas desde la independencia, había mantenido respecto de su vecino marroquí. La situación de extrema violencia que el país vivió desde 1992, ha pasado una fuerte factura en términos de crecimiento económico.

A pesar de un resultado que en términos comparativos nos puede parecer tan mediocre, las economías argelina y marroquí han crecido, en términos globales, a lo largo de la segunda mitad del siglo XX, como nunca en su historia. El tamaño de sus economías (de su PIB) se ha multiplicado por 7,3 –Argelia- y por 6,3 –Marruecos-, lo que supone una tasa anual del 3,9 y el 3,6 %, respectivamente. El aumento de estas economías nacionales ha sido, sin embargo, inferior al de la economía española en el mismo periodo (1950-2001), durante el cual su PIB se ha multiplicado por 10,2 a una tasa anual de incremento del 4,6%.

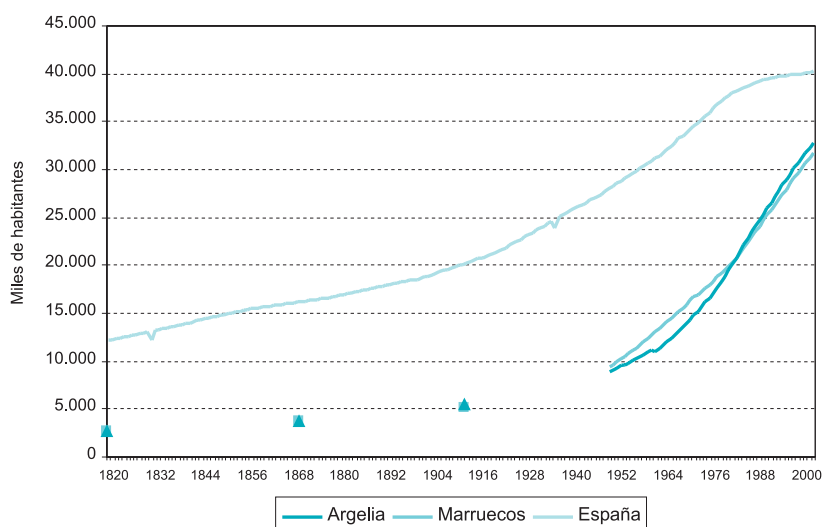
No obstante, a pesar de su significación, la distancia entre las tasas de crecimiento española y magrebí no podría explicar por sí sola la agudización de la divergencia económica entre las dos orillas del último medio siglo. Un vistazo, también, a la evolución demográfica permitirá completar el otro factor determinante en la nula aproximación de los niveles de renta por habitante.

7 PRADOS DE LA ESCOSURA, L. (2003).

El gráfico 3 recoge las cifras de la evolución de la población en los dos últimos siglos. El modelo de transición demográfica en España ha sido caracterizado como tardío en el contexto europeo y por ello el mayor crecimiento se produjo en el siglo XX con un cenit de incremento vegetativo que se alarga desde la tercera década del siglo hasta las décadas del *baby boom* en los años 1950 y 1960. La ralentización del crecimiento en el último tercio de la centuria pone de manifiesto la culminación de la transición demográfica española y el inicio de un rápido proceso de envejecimiento de la población que ha colocado al país en unas cifras ínfimas de crecimiento vegetativo. En el Magreb, por su parte, se asiste una intensa aceleración demográfica que responde a un modelo de transición que ha generado, desde las décadas de 1960 y 1970, un amplio excedente demográfico. La rapidez e intensidad de esta transformación, que ofrece unas tasas que superan a las de los tiempos de la transición demográfica europea, ha cambiado la balanza poblacional entre las dos orillas mediterráneas.

El incremento de la población española en la segunda mitad del siglo XX ha sido del 43%, mientras que el de la población marroquí se ha triplicado ampliamente (un aumento del 228 %), siendo todavía mayor el crecimiento argelino que alcanza una cota del 257%. El peso demográfico entre los países ribereños del Mar de Alborán se ha modificado radicalmente como no lo hiciera, tal vez, desde antes de la implantación de Al Andalus. Si a mediados del siglo XX se mantenía el amplio predominio de la población española sobre la de los vecinos del sur, el extraordinario crecimiento magrebí desde entonces ha situado a la región más occidental del Norte de África con un contingente demográfico que supera ampliamente al de la Península Ibérica. La tasa de crecimiento anual de la población de Marruecos en la última década del

Gráfico 3.
Evolución comparativa de la población (1820-2001)



Fuente: MADDISON (2003).



Tabla 1. El peso de la demografía en las dos orillas

	1950		2001	
	Miles de habitantes	%	Miles de habitantes	%
España	28.063	60,6	40.087	39,0
Argelia	8.893	19,2	31.736	31,0
Marruecos	9.343	20,2	30.645	30,0
Total	46.299	100,0	102.468	100,0

Fuente: Ver gráfico 3.

siglo XX ha sido todavía del 2,1%, y la de Argelia del 2,6%: entre 10 y 13 veces mayor que la de España en el mismo periodo (0,2%)⁸. La ribera sur se ha convertido, tras una vertiginosa transición demográfica que todavía no ha culminado, en un área de un extraordinario potencial migratorio ya que sus indicadores poblacionales y su estructura demográfica ponen en graves dificultades el objetivo de un crecimiento sostenido de la renta por habitante⁹.

3. Frontera y economía predatoria

La divergencia entre las dos orillas tiene unas profundas raíces históricas. Voy a tratar de situar algunos de sus jalones a través de un recorrido que trate de dar cuenta de los encuentros y los desencuentros que se han producido a lo largo de los siglos de las Edades Moderna y Contemporánea. La elección del punto de partida está justificada por el hecho de que hace unos quinientos años, coincidiendo con el final de la conquista cristiana en la Península y con el inicio de la apertura atlántica de las economías europeas, se producirá un cambio en la situación geoestratégica del Mediterráneo Occidental y en la configuración de la relaciones entre las dos orillas que habría de perdurar hasta los tiempos de la penetración colonial europea, ya en el siglo XIX.

A finales del siglo XV, la culminación de la conquista del reino nazarí de Granada por parte de la Corona de Castilla, con lo que suponía de extinción del último reducto musulmán en la Península Ibérica, alteraría la situación geopolítica del área del Estrecho de Gibraltar y el Mar de Alborán. En el Mediterráneo Oriental la expansión de los otomanos culminada en la toma de Constantinopla en 1453, compensaba para el Islam el retroceso en el Occidente. La pugna entre el Imperio turco y los estados cristianos, encabezados por la Monarquía Hispánica, se extendería a lo largo de los primeros dos siglos de la Edad Moderna. Desde entonces y hasta los tratados de paz de la segunda mitad del siglo XVIII, la ruptura de la unidad política y cultural entre las dos

8 BANCO MUNDIAL (2000).

9 En 2000 la población menor de 15 años equivalía al 35% del total en Marruecos y al 35% en Argelia. En España era apenas el 15%. PNUD (2002).

orillas determinará una situación de enfrentamiento entre España, de un lado, y los estados berberiscos, de otro: el sultanato marroquí y las tres provincias o regencias que el imperio otomano había consolidado desde la segunda mitad del siglo XVI en la zona: Trípoli, Túnez y Argel.

En una situación como la descrita se daban las condiciones para el desarrollo a gran escala de lo que sería el principal negocio durante estos siglos, en particular para muchos enclaves de la orilla sur: el corso. De alguna manera, la actividad corsaria y pirática era una forma de captar una parte de los flujos mercantiles que se habían intensificado durante el siglo XVI a lo largo del Mediterráneo. Aunque en las nuevas circunstancias se desbaratan las redes comerciales que habían conectado en la etapa nazarí la costa granadina con el Norte de África, como terminal del comercio de oro y esclavos del Sudán, la reestructuración general del comercio mediterráneo que se produce en la segunda mitad del siglo XV y que acompaña a los primeros pasos de la expansión atlántica, hace más densas las redes y los tráficos entre los puertos cristianos del Mediterráneo Occidental y desde aquí, tras atravesar el Estrecho de Gibraltar, hacia el resto de Europa y el comercio atlántico¹⁰. El debilitamiento, en términos relativos, del eje que comunicaba las dos orillas marca las condiciones del nuevo mapa económico de esta zona del Mediterráneo, y la pérdida no sería compensada por la esporádica presencia de expediciones de trigo berberisco como parte de “trigo del mar” (procedente en su mayor parte del “granero” siciliano) que ayudaba a cubrir las aleatorias cosechas del litoral mediterráneo y la débil integración con el interior peninsular.

La piratería o el corsarismo (cuyas fronteras, legalmente bien definidas, en la práctica eran muy fáciles de franquear¹¹) forman parte de la historia mediterránea desde casi sus orígenes, aunque vivió una de sus etapas fulgurantes entre las últimas décadas del siglo XVI y las tres cuartas partes del siglo XVII (1560-1680). No obstante, las actuaciones de este tipo no desaparecerían en la centuria siguiente, e incluso reaparecerían a principios del siglo XIX, tras el paréntesis abierto por los tratados de paz de finales del siglo XVIII. El corsarismo, como modalidad de la guerra marítima, se utilizaría, no sólo entre el Islam y la Cristiandad, sino entre las mismas potencias europeas. Su desarrollo convirtió en verdaderos estados corsarios a lugares como la isla de Malta, en el lado cristiano, o a Argel, o Túnez, a una cierta distancia, en el lado musulmán. Desde Berbería, incluyendo también la jurisdicción marroquí del monarca cherifiano, las *razzias* sobre la costa mediterránea española y el apresamiento de cautivos cristianos y de sus mercancías en aguas del Mediterráneo, sería el origen de un lucrativo comercio en el que se especializarían también otras ciudades norteafricanas como Salé en el Atlántico o Tetuán, en el Mediterráneo. Estos asaltos, justificados como una legítima *yihad marítima* contra los infieles, generarían un entorno peligroso y violento con duraderas consecuencias para las dos orillas¹².

10 YUN CASALILLA, B. (2004).

11 Braudel presenta un sugestivo panorama de la piratería y el corso mediterráneos en el capítulo consagrado a “formas de guerra”. BRAUDEL, F. (1976).

12 COURTINAT, R. (2003).



A continuación trataré de hacer un balance de lo que, desde la perspectiva de la historia económica, supuso esta dilatada situación de frontera entre las orillas española y magrebí. Las estimaciones de Maddison (2003) apuntan hacia una clara pérdida de vitalidad de la economía y la demografía magrebí durante la Edad Moderna. Pero la tendencia declinante venía de muy lejos. La caída del peso demográfico de toda la orilla africana del Mediterráneo a lo largo del segundo milenio de la era cristiana ha sido subrayada por el mismo autor. Si en torno al siglo I, el Norte de África (desde Marruecos hasta Egipto) agrupaba a casi el 50 por 100 de la población africana, hacia el año 1000 el porcentaje se había reducido hasta el 32,5 por 100, y durante los siglos de la edad moderna se situaría entre el 15 y el 20 por 100, para terminar hacia 1820 en el 14,8 por 100. Si utilizamos la renta por habitante, el retroceso es espectacular: en Egipto sería inferior a comienzos del siglo XIX (1820) que a principios del siglo XI, y por lo que respecta a Marruecos, el crecimiento habría sido en esos ochocientos años imperceptible, inferior al 8 por 100. En el mismo periodo, nos recuerda Maddison, Europa Occidental habría multiplicado por tres su renta por habitante y por más de cinco su población.

En esta onda, más que secular, milenaria, presidida por el retroceso, hay que situar el corsarismo, como el episodio más importante de las relaciones hispanomagrebíes durante los siglos XVI-XVIII. Aunque la actividad no fue privativa de la ribera sur (sólo en el especialísimo núcleo maltés la actividad corsaria tuvo una relevancia pareja a la de los enclaves norteafricanos¹³), tanto en términos absolutos como relativos su impacto en la economía local debió ser tan importante que podemos hablar de la existencia de verdaderos enclaves dedicados a la captura de bienes y personas como un verdadero monocultivo y como un motor que inyectaba la liquidez imprescindible para la apertura de relaciones mercantiles con el resto del Mediterráneo. Sin embargo, las relaciones entre el comercio y el corso son complejas. El fenómeno corsario, como ya señalara Braudel e insiste Fontenay, va unido al despliegue mercantil por el Mediterráneo, en una suerte de parasitismo del crecimiento de la economía marítima en la época que nos sugiere la respuesta que desde Berbería se da al reto de la marginación (o “periferización”) de la zona en los nuevos escenarios y relaciones que impulsan el crecimiento europeo. Por otro lado, constituye también la respuesta a la necesidad estratégica de mantener, una vez acabada la guerra “grande” en el mar tras Lepanto (1571), una acción belicosa ante la agresiva política militar exhibida por la monarquía hispana en el Norte de África con las expediciones a Orán, Túnez o Argel, de las que, a largo plazo, solo la ocupación de la primera se llegaría a consolidar¹⁴.

13 En el apogeo del corso cristiano, en los años 1600-1620, hubo un máximo de unos cuarenta buques frente a los 100 o 120 que se han contabilizado sólo entre las regencias y Salé (Marruecos) en esa época. En términos relativos, dada la muy baja densidad magrebí, el peso de esta actividad en la economía local debió de ser importante y, en todo caso, incomparablemente mayor que en la orilla norte. En Túnez se ha calculado que el corso generó en esa época unos 3.000 empleos directos; muchos menos, con todo, que los de Argel: 10.000 puestos de trabajo. FONTENAY, M. (1986).

14 ALONSO ACERO, B. (2000).

Pero desde una perspectiva estrictamente económica, la lógica reproductiva de la economía corsaria estaba siempre en entredicho. En primer lugar, su desarrollo podía estar limitado por el propio incremento de las capturas. Un aumento excesivo de la presión predatora podía hacer disminuir los botines, como señala Braudel que ocurrió tras el paroxismo corsario de los años 1560-1565¹⁵. De ahí, pues, una de las debilidades de este “modelo” económico que se sustenta sobre una opción económica improductiva y que depende de la continuidad de una cierta capacidad técnica, logística y militar para situarse en las redes de tráfico mercantil más sustanciosas. La tendencia a lo largo del tiempo no fue favorable a la expansión de la economía corsaria. La respuesta defensiva de los estados ribereños cristianos fue perfeccionando el dispositivo de seguridad puesto en marcha a finales del siglo XV. Como dijera Braudel, frente a los turcos, el Mediterráneo cristiano se había erizado de fortalezas¹⁶ y la Corona española, en particular, había mejorado y ampliado sus dispositivos defensivos, especialmente en la costa del reino de Granada: la red de vigilancia dispuesta por la Instrucción de los Reyes Católicos de 1497, sería mejorada por Felipe II hacia 1574, y terminaría siendo remozada en profundidad en tiempos de Carlos III en aplicación del Reglamento de 1764¹⁷. Esta dilatada cronología pone de manifiesto la permanencia de la amenaza berberisca a lo largo de casi trescientos años. Sin embargo, el número de presas y su valor debió disminuir con el paso del tiempo. Eso, y la necesidad de contrarrestar la mayor efectividad del sistema defensivo tanto en tierra como en el mar (la dotación artillera de muchos mercantes), estimularía a los más importantes enclaves corsarios a tratar de incorporar a su flota las mejoras técnicas que se daban en la navegación europea para de este modo aumentar su radio de acción. Ya en el siglo XVII los piratas angloholandeses que actuaban en el Mediterráneo habían adiestrado a los berberiscos en el manejo del barco de casco redondo que permitía incrementar las salidas a los meses invernales y, sobre todo, aventurarse más allá del Estrecho en el Atlántico¹⁸. Aunque con este incremento del radio de acción aumentaba la riqueza de las presas, estas singladuras, lejos del Mediterráneo, eran más costosas y arriesgadas y ampliaban el número de países agraviados y con ello la posibilidad de represalias.

No disponemos de evidencia cuantitativa que nos permita trazar, ni siquiera a grandes rasgos, la marcha de este negocio, pero las condiciones debieron tornarse tan desfavorables en la segunda mitad del siglo XVIII, que en los reinos y regencias musulmanas se decidiría un viraje radical en las relaciones con los europeos. Por entonces, al decir de un especialista en estos temas (Lourido) el sultán marroquí Sidi Muhammad b.'Abd Allah “había comprendido que las ganancias aleatorias de la piratería no podrían nunca ofrecer la estabilidad y ventajas de un comercio protegido y permanente con el exterior”¹⁹. Así fue como el monarca alauita impulsaría la firma de sucesivos tratados de paz con los reinos de Dinamarca (1753), Reino Unido (1760),

15 BRAUDEL (1976), v. II., p. 294 y pp. 306-307

16 BRAUDEL (1976), II, p. 257.

17 Véase la recopilación documental y cartográfica que ha publicado GIL ALBARRACÍN, A. (2004).

18 FONTENAY, M. (1986), p. 119.

19 LOURIDO DÍAZ, R. (1989), p. 63.



Suecia (1763), Venecia (1765), Francia (1767) y España (1767)²⁰. El fracaso del asedio a Melilla (1774-1775), a pesar de la importación de material de guerra europeo y del asesoramiento técnico foráneo, convenció al sultán de la urgencia de modernizar su potencial militar, dejando atrás el corso y dando paso a una verdadera marina de guerra. En el resto de Berbería, la firma de un tratado de paz entre España y el dey de Argel en 1791, que significaba la retrocesión de Orán, inauguró una etapa de relativa pacificación entre las dos orillas del estrecho.

A pesar de que, como insiste Martín Corrales²¹, las relaciones comerciales entre el Mediterráneo musulmán y España habían existido con cierta regularidad entre los siglos XVI y XVIII, los intercambios con los “enemigos de la fe” estarían muy condicionados por las dificultades derivadas de la situación de guerra explícita o latente que enfrentaba a los países de las dos orillas. Esta hipótesis se refuerza ante la constatación del importante crecimiento de los intercambios en el último tercio del siglo XVIII. Por los puertos de Barcelona y Cádiz se incrementan las introducciones de trigo “del moro”. En 1791 casi el 50% del trigo que recibía el puerto de Málaga procedía del Norte de África. En general, la reanimación mercantil en la costa andaluza del Mediterráneo, cuyo eje era la plaza malagueña y de las repercusiones de la liberalización del comercio colonial, se vio apoyada, en cierta medida también, por la disminución de la inseguridad marítima. Otro beneficiario del nuevo panorama sería el sector pesquero, también en franca expansión en aquel momento²².

Cuando el corsarismo afrontaba sus últimos momentos cabe preguntarse acerca de sus efectos a largo plazo sobre las economías locales. La economía predatoria generó efectos externos derivados de la aparición a su alrededor de servicios de financiación, intermediación y comercialización. La venta de las presas, el rescate de cautivos, la distribución comercial, el suministro de mercancías con las que satisfacer el consumo suntuario de los *rais*, atrajo a los enclaves norteafricanos a comerciantes de todo el Mediterráneo y, en particular, italianos, que redistribuían buena parte del contenido de los cargamentos por toda Europa. Los sustanciosos negocios de venta de esclavos y rescate de cautivos, generaron toda una serie de intermediarios que encarnan como pocos las condiciones de frontera que existían en aquella época²³. No obstante las redes mercantiles tejidas en torno a esta actividad, estuvieron siempre controladas por mercaderes foráneos que invirtieron sus ganancias fuera de los enclaves. Esto y el

20 La amplitud de los intereses españoles en Marruecos lleva a la concertación de un acuerdo que abre expectativas para el desarrollo comercial y pesquero. Sobre el Tratado de Paz, Comercio, Navegación y Pesca de 1767, véase GARCÍA ARENAL, M. y BUNES, M. A. de (1992).

21 MARTÍN CORRALES, E. (2001).

22 LÓPEZ GONZÁLEZ, J. J. (1978). Sobre la reanimación mercantil, SÁNCHEZ PICÓN, A. y PAREJO BARRANCO, A. (2000). La reactivación pesquera en FERNÁNDEZ DÍAZ, R. y MARTÍNEZ SHAW, C. (1983) y BURGOS MADROÑERO, M. y LACOMBA, J.A. (1996).

23 La variedad de situaciones que generaba uno de los principales ramos del corsarismo, la captura de personas, tiene en las *alafías* un caso extremo. Se trataba de algo muy parecido a lo que en las páginas de sucesos actuales se denomina “secuestro exprés”. A veces, tras una correría por la costa mediterránea española, la fusta o la galera berberisca aguardaba frente a la playa con sus cautivos para, prácticamente a la vista del botín, iniciar una negociación con los familiares para la liberación de los infortunados. Este descaro da una cierta idea de la escasa efectividad del dispositivo defensivo existente a finales del siglo XVI. Un análisis de este tipo de acciones en ANDÚJAR CASTILLO, F. (en prensa).

consumo de lujo de la oligarquía local, desconectada también de un *hinterland* pobre y con escasos recursos, explican que las transformaciones inducidas en el tejido productivo local fueran muy escasas.

La tradición corsaria bloqueó además, a largo plazo, la modernización de la flota magrebí. La velocidad requerida en los buques para la realización de sus audaces golpes de mano, incentivaba un tipo de embarcación de pequeño porte. Los soberanos magrebíes eran conscientes del retraso de su flota de guerra y de la precariedad de sus mercantes, a finales del siglo XVIII. A lo largo de los siglos XVI-XVIII la distancia entre el tonelaje y la capacidad técnica de las flotas a ambos lados del estrecho había ido haciéndose cada vez mayor²⁴. Por eso, las potencias europeas afrontarán sus relaciones con el Norte de África en el siglo XIX, dispuestas a hacer valer su superioridad tecnológica y militar. La alteración del *status quo* inaugurado con los tratados del setecientos, se producirá a raíz de la campaña napoleónica en Egipto. Sin embargo, desde 1806 el dey de Argel se había esforzado en reorientar la actuación de sus súbditos en el mar hacia el comercio pacífico. Cuando, en un nuevo escenario internacional, tras la caída del imperio napoleónico, se intentó recurrir de nuevo al corso, la capital berberisca será objeto de durísimas represalias que testimoniaban el abismo tecnológico que se había abierto entre las dos orillas y que anticipaban la inminente ocupación europea²⁵.

En definitiva, la empresa corsaria había dejado una herencia poco adecuada para aprovechar oportunidades de desarrollo económico. Escasa mejora del capital fijo y desarrollo de actitudes sociales poco proclives al emprendimiento. La debilidad de las redes establecidas con la otra orilla limitaba la posibilidad de compartir los frutos del crecimiento económico. Además, la Europa más próxima era la que estaba tardando más en iniciar el camino del desarrollo. A nivel interno, la economía corsaria retardaría la construcción de unas instituciones políticas modernas. La debilidad en la construcción del estado moderno en el Norte de África responde, claro está, a un conjunto de factores culturales, sociales, religiosos, políticos y étnicos, que no voy a intentar resumir; pero parece evidente que, mientras que en la orilla norte se ponían las bases del mismo, basado entre otras consideraciones, en la disposición del monopolio de la violencia, la persistencia de líderes corsarios ponía de manifiesto la debilidad de las instituciones políticas locales.

Pero la repercusión de la frontera mediterránea va más allá de la mera referencia a la piratería y al corso. Me refiero a que en las regiones o áreas más *calientes* de esta frontera, esto es, en las más próximas y expuestas a los asaltos mutuos, se configuró durante los siglos XVI y XVII un modelo de organización económica que en buena medida responde a los requere-

24 La situación marginal de la flota de Berbería en el contexto mediterráneo a finales del siglo XVIII queda de relieve en los datos que aporta G. Buti: 65 barcos frente a los más de mil de Trieste, o los casi mil de Nápoles, los 200 de Cataluña, los más de 600 de Génova o los más de 400 de Marsella. El tonelaje medio (100 ton.) está por debajo de la media. BUTI, G. (2003).

25 Me refiero al bombardeo en 1816 de Argel por parte de una escuadra angloholandesa comandada por lord Exmouth. PANZAC, D. (1999).



rimientos específicos de la situación geoestratégica. Esta economía de frontera tendría su plasmación más completa en el antiguo reino de Granada, en especial en su zona litoral. La debilidad demográfica sería su primera característica, y junto con la baja ocupación humana, el modelo también se caracterizaría por el predominio ganadero sobre la actividad agrícola. Los núcleos habitados, dispersos y de escasa entidad en la zona más oriental del reino, acogían una población mínima hasta el siglo XVIII que practicaba una explotación muy extensiva de los recursos naturales. Las depresiones litorales, de un gran potencial agrícola, debieron esperar al siglo XVIII para contar con las condiciones imprescindibles de seguridad que permitieran el mantenimiento de una población permanente y un cambio del modelo de aprovechamiento de los recursos naturales²⁶. La inseguridad era un factor más para perpetuar, a ambos lados del Estrecho, algunos de esos *vacíos mediterráneos* que describiera Braudel²⁷.

4. El proyecto colonizador

La presencia europea en el Norte de África en el siglo XIX certificó la hegemonía francesa en la zona, heredera del predominio del puerto de Marsella en el comercio mediterráneo ya desde el siglo XVIII. La presencia española en el Magreb será desde entonces subalterna de la francesa y las relaciones desde la orilla peninsular serán marginales en relación a lo que suponía el volumen de intercambios de todo tipo que desde los puertos del Mediterráneo francés (Marsella y Toulon) se hacía con el territorio africano. La colonización europea del Magreb se dio durante un dilatado periodo de tiempo que tiene como jalones la ocupación de Argel en 1830, y la instalación de sendos protectorados en Túnez (tras su conquista en 1881) y Marruecos (1912). Conviene tener en cuenta, por lo tanto, el diferente carácter de la relación con la metrópoli de cada uno de los tres países norteafricanos y la diferente trayectoria del proyecto colonizador en cada uno de ellos.

Argelia fue para Francia la ocasión de poner en marcha su “misión civilizadora” en el Norte de África, de construir una Francia de ultramar, en la ribera sur del Mediterráneo²⁸. Tras la rendición de Abd el-Kader en 1847, el gobierno francés decide la incorporación administrativa plena del territorio argelino con la adición de tres nuevos departamentos a la estructura territorial del país (Orán, Argel y Constantina). El territorio era francés, pero no así la población indígena que se mantendrá desde 1881 hasta 1944 en un régimen legal de *apartheid*, con un tratamiento político, legal o fiscal diferente al de la población de origen francés o europeo²⁹.

26 Esto es especialmente reseñable en uno de los vértices de la actividad corsaria como el Cabo de Gata y el Campo de Níjar, que todavía en el siglo XVIII era considerado un sitio peligroso.

27 Referencia a los desiertos humanos mediterráneos en BRAUDEL (1976), II, pp. 528-533.

28 Véase el balance de la acción colonizadora que se recoge en un texto escrito con ocasión del centenario de la conquista: BERNARD, A. (1930).

29 SPRECHER, J. (2003). AGÉRON, C.R. (1968).

Por su parte, el proyecto de colonización económica fue evolucionando a lo largo del tiempo. La ilusión de hacer de la antigua regencia berberisca un remedo de la economía de plantación caribeña, con el estímulo de la producción de café, algodón, caña de azúcar o tabaco, se disiparía rápidamente, tras la constatación de las fuertes restricciones ambientales y sociales para su implantación. Algunos de estos fracasos y las vicisitudes de un proceso de pacificación que no estaría totalmente terminado hasta la penúltima década del siglo XIX, irán dando forma al proyecto económico de colonización. Sin embargo, cuando ya quede plenamente definido, tendrá una larga duración y supondrá, sobre todo, la aparición en el Norte de África de una sociedad y una organización económica completamente nuevas que van a ejercer una poderosa influencia en el desarrollo del resto de la colonización europea en el Magreb. En síntesis, sus características generales serían las siguientes:

- a) Una acelerada transformación económica y demográfica.
- b) Un fuerte dualismo desde el punto de vista económico, social y territorial.
- c) Una intensa, aunque parcial, integración en la economía europea e internacional.

La transformación de la estructura económica magrebí a raíz de la colonización francesa fue muy profunda. En primer lugar, propició un crecimiento demográfico sin precedentes (ver tabla 3); en segundo lugar, impulsó un proceso de urbanización acelerado que multiplicaría la población asentada en núcleos urbanos, algunos de ellos verdaderas ciudades nuevas diseñadas por la colonización o expandidas a partir de perímetros muy pequeños (Argel, Orán, Casablanca...). Estas transformaciones que podemos interpretar como indicios de un importante crecimiento económico que presentaba signos de un profundo cambio estructural, eran, sin embargo, extremadamente parciales.

En términos agregados en las economías de los dos países el peso del sector agrario se mantuvo hasta la década anterior a la independencia por encima del 40%. La insignificante aportación del sector industrial se mantiene a lo largo del periodo, aunque los datos utilizados reflejan el crecimiento de la producción industrial en los años posteriores a la segunda guerra mundial. Entonces las necesidades de materias primas minerales y energéticas, así como el esfuerzo por diversificar las fuentes de suministro de bienes básicos e intermedios, por razones de interés estratégico, impulsarán una tímida industrialización que tiene su reflejo en la contribución del sector a las respectivas economías nacionales³⁰.

El progreso de la apertura económica durante la colonización fue incontestable. A partir de las estimaciones de Amin, la tasa de crecimiento anual de las exportaciones argelinas fue, desde 1880 hasta 1910 de un 2,65%, mientras que desde entonces hasta 1955, se ralentizaría un poco al quedarse en el 1,98%. En el caso de Marruecos el impacto de la instauración del

30 CENTRE D'ÉTUDES DE POLITIQUE ÉTRANGÈRE (1952).



Tabla 2. Composición del PIB de Argelia y Marruecos (en porcentajes)

	Agricultura	Industria	Construcción	Servicios
Argelia				
1880	46	7	3	44
1930	42	10	3	45
1955	29	17	6	48
Marruecos				
1920	48	9	0	43
1930	46	11	3	40
1955	32	21	5	42

Fuente: Elaborado a partir de AMIN, S. (1966), p. 101.

Protectorado fue enorme para el fomento de sus exportaciones: entre 1920 y 1955 el valor de las mismas, en términos reales, se multiplicó por más 12, a una tasa anual del 7,35%³¹. El montante total de las exportaciones suponía, al mismo tiempo, una fracción cada vez mayor de la economía de los respectivos territorios: en 1955 equivalía al 44% de la producción agraria e industrial en Argelia y en Marruecos, el 31%. Aunque no dispongamos de estimaciones comparables, no parece dudoso que en ese momento el grado de apertura económica de los países magrebíes, dentro del imperio colonial francés, era superior al de España. Esta circunstancia debió ser responsable de una mejora relativa de los indicadores de convergencia entre las economías de ambos lado del estrecho. Las estimaciones de Maddison para el periodo 1913-1950 así parecen apuntarlo, al constatar un superior ritmo de crecimiento (PIB por habitante) de los dos países norteafricanos respecto de España³².

Sin embargo, los grandes agregados nos presentan a las economías norteafricanas como un todo; pero si hay algo que las caracterice durante el periodo de la colonización fue su extrema fragmentación y desarticulación interna. En efecto, la aguda compartimentación económica y social será una de las consecuencias de la modernización impulsada por el poder colonial francés. Por eso creo que la idea de una economía dual –que tuvo su origen en el análisis hecho en los años 1960 para algunos de los países descolonizados e, incluso, para Latinoamérica o España- resulta particularmente adecuada para el análisis de la economía colonial magrebí. El desarrollo de la actividad económica más dinámica en el periodo, la agricultura de mercado, supuso, en las zonas en donde se implantó, una profunda reasignación de los recursos endógenos y la aportación de otros de carácter exógeno, entre los que debemos destacar que la mayor parte tanto del capital físico como del capital humano, fueron importados.

31 Cálculos propios a partir de AMIN, S. (1966), pp. 66-69.

32 La economía española tuvo un crecimiento muy pequeño entre ambas fechas, con una tasa anual inferior al 0,2%; Marruecos creció a un ritmo anual del 1,95% y Argelia al 0,43%. Amin subraya el importante pero transitorio efecto de la incorporación de estos territorios a la jurisdicción colonial francesa desde el punto de vista de la entrada de un flujo importante de capitales y su repercusión en la aceleración del crecimiento. Esto se manifestaría en Marruecos a partir de la tercera década del siglo XX, mientras que en Argelia o en Túnez, se había notado ya en el siglo XIX. AMÍN, S. (1966), p. 71.

Como la más importante colonia de poblamiento que fue del Imperio francés, la llamada de Argelia atrajo hacia la orilla sur mediterránea a decenas de miles de personas desde la orilla norte (franceses, españoles e italianos) en el más poderoso flujo migratorio acaecido entre las dos riberas en el siglo XIX. De unos centenares de europeos en el momento de la conquista se pasaría a unos cien mil hacia 1850 que se habían multiplicado por tres un cuarto de siglo más tarde. En ese momento, hacia 1876, los inmigrantes europeos suponían más del 12% de la población de Argelia, porcentaje que, ante la aceleración del crecimiento de los autóctonos, había disminuido un par de puntos hacia 1955, recién abierto el conflicto que conducirá a la independencia argelina en 1962. La emancipación tuvo un efecto fulminante sobre el millón de personas de origen europeo. La diáspora sería inmediata y brutal y la salida del colectivo de *pieds noirs*, reduciría hasta un porcentaje insignificante (1,4) la población europea, como preámbulo de su práctica desaparición del panorama demográfico argelino.

En Marruecos la presencia europea tras la instauración del Protectorado sería sensiblemente menor, pero el resultado final sería el mismo, la retirada de los europeos, a pesar de que el proceso de descolonización fue mucho menos violento que el de su vecino. La independencia de los países del Magreb ocasionó, en términos globales, el mayor y más rápido desplazamiento de población desde la orilla sur hacia la orilla norte (hacia la metrópoli francesa) de todo el siglo XX. Un cómputo de la administración francesa realizado en 1985 cifraba el número de repatriados del Magreb en Francia en casi un millón y medio, repartidos de la siguiente forma: de Argelia, 969 mil, de Marruecos, 263 mil y de Túnez, 180 mil³³.

Esta población de origen euromediterráneo (franceses, españoles e italianos, por este orden, en el caso de Argelia) a la que la administración francesa había aplicado una legislación muy favorable para la adquisición de la ciudadanía plena –en contraste con el estatuto legal de la población indígena-, había sido la protagonista fundamental del crecimiento de una economía de mercado³⁴.

Una de las vías de desarrollo capitalista en la región durante la segunda mitad del siglo XIX fue la expansión de una agricultura comercial, orientada hacia los mercados exteriores y hacia la metrópoli francesa, que va a estar protagonizada por un empresariado agrícola de importación. Se ha dicho, en efecto, que el *fellah* no se transforma en granjero capitalista³⁵. Un siglo después de la toma de Argel, en 1930, se calculaba que existían unos 25.500 agricultores de origen europeo que habían acometido una gran transformación en el campo argelino. La mayoría eran pequeños y medianos propietarios, pero una significativa cuarta parte de los

33 PLANCHAIS, Jean (1986).

34 El limitado excedente demográfico de la metrópoli francesa impedía la aportación de un contingente de emigrantes franceses para el proyecto colonizador en Argelia. Desde los primeros años españoles, italianos y malteses se sumaron a la colonización y en los años 1870-1880 suponían más del 48% de la población europea asentada. Sendas leyes en 1889 y 1893 favorecerían la inmediata naturalización de los mismos. En cuanto a su distribución territorial, los españoles predominaban en el departamento de Orán (por encima de los franceses) y los italianos abundaban en el de Constantina. VILAR, J.B. (1989).

35 VALENSI, L. (1978).p. 519.



Tabla 3. Población de Marruecos y Argelia (1856-1964). En miles de habitantes

	ARGELIA				MARRUECOS			
	Autóctonos	Europeos	Total	% europeos	Autóctonos	Europeos	Total	% europeos
1856	2.307	180	2.487	7,2				
1876	2.463	345	2.808	12,3				
1921	4.923	791	5.714	13,8	5.140	80	5.220	1,6
1955	8.449	984	9.433	10,4	10.120	555	10.675	5,5
1964	10.762	150	10.912	1,4	12.350	290	12.640	2,3

Fuente: AMIN, S. (1966): *L'économie du Maghreb*, pp. 21-33.

titulares de estas explotaciones eran dueños de fincas de más de 100 hectáreas. En Argelia, al iniciarse la guerra que conduciría a la independencia (1954) la superficie ocupada por los colonos europeos ascendía a 2,7 millones de hectáreas que equivalían al 40% de la superficie cultivada; mientras que en Marruecos, país de colonización mucho más tardía y donde la presencia de colonos era mucho menor, no obstante, la superficie sujeta a explotación por los colonos europeos llegaba a alcanzar una significación importante: más de un millón de hectáreas que equivalían a casi el 12% de la cultivada. Se trataba de las tierras de mejor aptitud agrícola, situadas en las zonas de clima mediterráneo más suave y abierto a la influencia marítima. La propiedad agrícola de los indígenas en estas zonas de predominio de clima templado, se había reducido extraordinariamente desde la implantación del régimen colonial. En Argelia se estima que en 1914 hay más de 1,7 millones de propietarios agrícolas y se constataba un retroceso del acceso a la tierra con un incremento importante de obreros agrícolas, arrendatarios y aparceros³⁶.

No obstante, la propiedad indígena no fue extirpada. Aunque una serie de cambios institucionales facilitaran el acceso a la tierra a los colonos europeos, la liberalización del mercado de la tierra en estos territorios fue un proceso largo e incompleto³⁷. Aunque la desposesión del campesinado indígena resulta incuestionable, la transformación en el régimen jurídico no afectó, al parecer, a la totalidad de los territorios bajo jurisdicción colonial. Replegados sobre las tierras de menor calidad agronómica y manteniendo su predominio en las zonas montañosas y del interior, las comunidades campesinas (de agricultores sedentarios o seminómadas) mantendrían sus modalidades de aprovechamiento colectivo de las tierras de cultivo y de los pastos, así como sus reglas comunitarias y su identidad tribal. La fragmentación y la segmentación predominan en todos los ámbitos de la economía colonial. El mundo urbano en el Magreb colonial, nos dice Amin, está orientado hacia el resto de las ciudades y hacia Francia, siendo muy escasos los contactos con el mundo rural, salvo con las tierras de colonización a las que abastece de suministros y servicios. A todo esto se añade la heterogeneidad del mundo rural tradicional (agricultores sedentarios de la montaña, seminómadas de la estepa; árabes o

36 VALENSI (1978), p. 526.

37 PÉREZ PICAZO, M.T. (1994).

arabizados vs. bereberes, etc.). El mercado de trabajo también está fuertemente segmentado. Al sesgo étnico que concentra los empleos de los cuadros intermedios y del empleo especializado o semiespecializado de las grandes empresas agrícolas o mineras en los trabajadores de origen europeo, se une un gran abanico salarial y unas tasas de desempleo mucho mayores entre los autóctonos especialmente en la fase final de la colonización. La evolución de los mercados de trabajo resulta no obstante, no muy bien conocida; pero la actuación de agentes reclutadores de mano de obra por la costa meridional española desde mediados del siglo XIX, nos sugiere las dificultades para encuadrar a la fuerza de trabajo local en las primeras décadas de la presencia europea.

Las condiciones del desarrollo agrícola en el Magreb son diferentes según las características agroclimáticas de las diferentes áreas. En Argelia el crecimiento de la producción cerealícola, impulsado desde las primeras décadas de la colonización, no permitía disponer excedentes más allá del abastecimiento de la demanda local. La producción, que se había multiplicado por cuatro desde mediados del siglo XIX hasta los años anteriores a la Primera Guerra Mundial, merced a la expansión del área cultivada, se reduciría desde entonces, acentuando la dependencia del consumo local de la importación de trigo blando.

El estancamiento cerealícola manifiesta también como los colonos argelinos habían sabido reorientar su producción hacia nuevos cultivos más rentables dadas las condiciones de los mercados internacionales. La gran oportunidad del cambio agrario en el Tell argelino vino estimulado por el panorama abierto en el mercado vinícola internacional cuando la epidemia de la filoxera arrasara los viñedos metropolitanos. Ante la destrucción del viñedo francés, la plantación de vides crece en distintas regiones de Argelia a un ritmo impresionante (ver gráfico 5). Entre 1880 y 1940 la superficie se multiplica por 10, pasando de las 40.000 a las 400.000 hectáreas. Tras la independencia, el retroceso sería imparable y las cifras de superficie más recientes nos llevan al nivel existente hace más de un siglo.

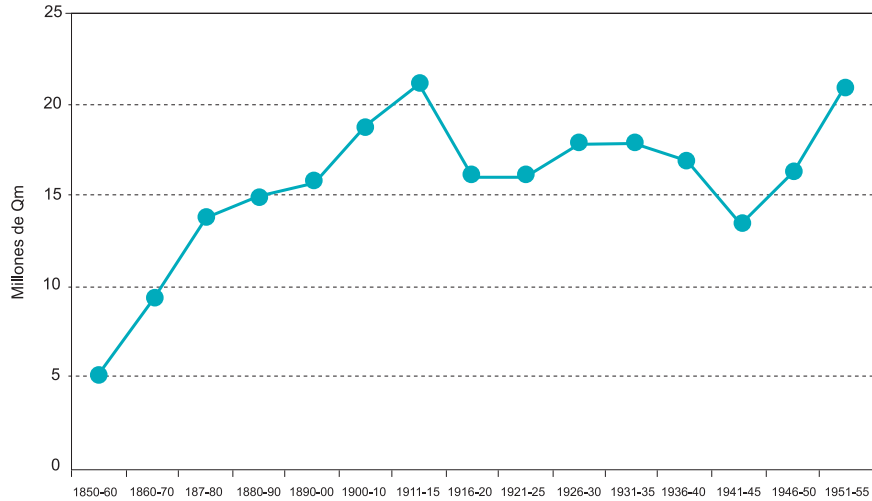
El vino, elaborado a partir de esta producción vitícola, serviría para abastecer no solo a la pujante demanda interna (el millón de europeos) sino, sobre todo para convertir a Argelia en el más importante exportador de estos caldos en el mercado mundial ya desde la segunda década del siglo XX³⁸. Esta posición determinante también quedaba evidenciada en la composición de las exportaciones argelinas: en 1880 los vinos aportaron ya el 65% del valor de todas las exportaciones, porcentaje que subió hasta el 70% en el primer tercio del siglo XX. El estancamiento en valores absolutos de las expediciones de vino entre 1930 y 1955, nos indica las dificultades con que se encontró la exportación tras la Segunda Guerra Mundial, de tal modo que hacia 1955 la aportación del vino al total de las exportaciones argelinas se había reducido hasta el 52%³⁹.

38 Entre 1909 y 1913 Argelia exportó un promedio anual de cerca de 7 millones de hectolitros de vino, casi cuatro veces más que Francia, lo que le permitía alzarse con el 42,7 % del comercio mundial. BACON, L.B. y SCHLOEMER, F.C. (1940).

39 AMIN, S. (1966), p. 69.

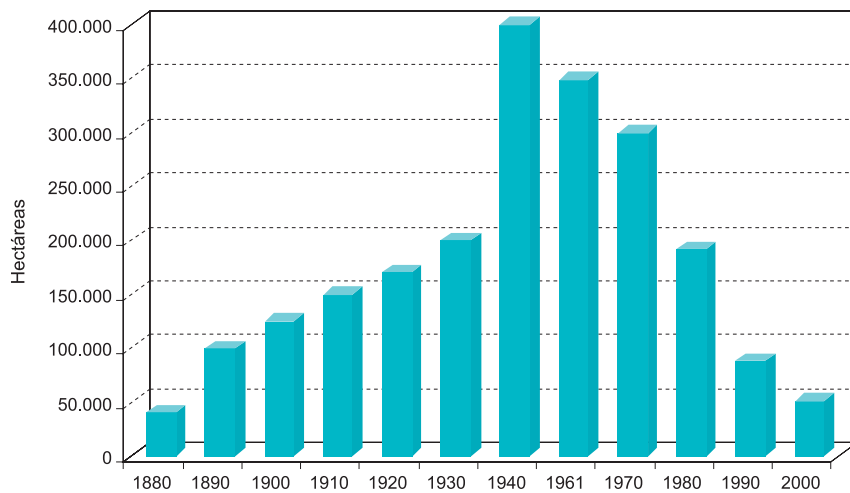


Gráfico 4. Producción de cereales en Argelia (1850-1955). Promedios anuales

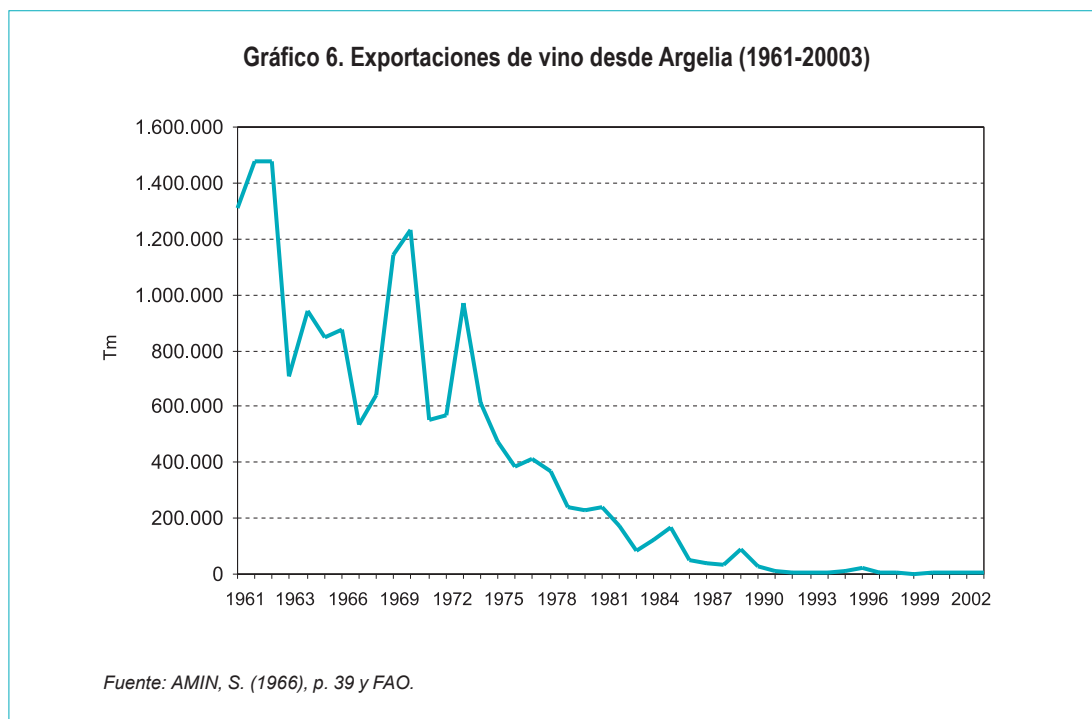


Fuente: *Elaboración propia a partir de AMIN, S. (1966).*

Gráfico 5. Superficie de viñedo en Argelia (1880-2000)



Fuente: *AMIN, S. (1966), p. 39 y FAO.*



Tras la descolonización y como consecuencia de un conjunto de factores entre los que cabe destacar el efecto de la salida de Argelia de la mayor parte de los cultivadores de origen europeo y las dificultades en los mercados francés y europeo, derivadas del proceso de integración y ampliación de la UE que va a privilegiar a los países productores comunitarios, se producirá un progresivo hundimiento de las exportaciones de vino de Argelia que hoy han terminado siendo residuales.

En Marruecos el desarrollo agrícola a partir de la instauración del Protectorado, aun estando influenciado por la experiencia argelina, siguió un derrotero diferente. El contexto histórico de la intervención europea en el sultanato a partir de 1912 y hasta la independencia en 1956, era muy distinto. En primer lugar, la presencia de colonos europeos y, en general, de población foránea fue sensiblemente menor, y el colectivo *pieds noirs* en este país equivalía a la quinta parte del residente en Argelia. El marco legal en el que se desarrolló la actuación francoespañola en Marruecos era también netamente diferente al de Argelia: el régimen de protectorado mantuvo en pie a la administración marroquí (el *Makhzen*) con lo que eso supuso de cara a la implementación de la política de los colonizadores en un marco de pacto y negociación.

A estas diferencias de partida, se une la diferente dotación de recursos de Marruecos para el desarrollo agrícola en particular. El reino alauita disponía de un amplio territorio orientado al Atlántico con unas condiciones edafoclimáticas y unas posibilidades hidrológicas mayores que las de la meseta argelina (depresiones del Gharb, Chaouia, Doukkala, Abda y Souss, aparte del bajo Muluya, en el Mediterráneo). Toda esta geografía conformaba lo que desde la



mentalidad colonial se consideraba “el Marruecos útil”, ocupado hasta entonces en buena parte por actividades agropecuarias extensivas e incluso por un pastoreo seminómada.

El sueño de la revolución agraria en Marruecos adoptó distintas caras a lo largo del siglo XX. La primera fue la de la conversión de buena parte de sus llanuras atlánticas en el verdadero granero norteafricano del Imperio colonial francés dentro del vasto plan Sarraut (1921) de división del trabajo entre cada una de las grandes regiones del mismo⁴⁰. La convicción de la administración francesa del momento fue resucitar el fabuloso granero que Roma había tenido en el Norte de África. En un contexto de repliegue de los intercambios internacionales en el mundo de entreguerras y de aumento de las medidas proteccionistas que incluyen la preferencia por los territorios coloniales, el objetivo asignado a Marruecos es el de colaborar en la autosuficiencia en granos de la Francia metropolitana y ultramarina. En un primer momento, los planes colonizadores siguen adelante con evidente éxito y entre 1917 y 1931 se consigue instalar a unos 1.500 colonos europeos, en su mayor parte franceses, sobre unas 245.000 hectáreas. La explotación media resultante, por encima de las 160 hectáreas, era mucho mayor que la existente en las tierras de colonización argelina, y esta característica (unas propiedades relativamente extensas) acompañará siempre a la agricultura colonial implantada en Marruecos. Otra diferencia reseñable sería la mayor implicación de agricultores nativos en las transformaciones agrarias que se estaban operando. Así, la introducción de la variedad de trigo blando a partir de 1912 en las tierras de los colonos europeos, fue acompañada por los agricultores marroquíes desde el principio; y así, la superficie sembrada de cereales había crecido desde 1,9 millones de hectáreas en 1918, a casi 3 millones en 1929⁴¹. Sin embargo este modelo entraría en crisis en la década de 1930. La acumulación de una serie de adversidades climatológicas (sequías) y naturales (plaga de langosta), se une a la recuperación de la producción de trigo en la metrópoli con lo que se agrava el problema de los excedentes. El funcionamiento, tradicionalmente fluctuante e inelástico, tanto desde el punto de vista de la oferta como de la demanda del mercado del trigo, había promovido, en el contexto de la posguerra, un incremento de la intervención gubernamental. El trigo marroquí estaba sometido a su entrada en Francia a un régimen de contingentes que estaba sujeto a las presiones contradictorias de los productores metropolitanos, de un lado, partidarios de su revisión a la baja, y de los intereses trigueros marroquíes, partidarios de su ampliación. Sucesivas negociaciones en esos años permitirán ampliar el cupo, pero a cambio del compromiso de paralizar el crecimiento de la superficie cultivada en Marruecos y de la reserva de su mercado para los excedentes franceses de trigo (contraviniendo lo acordado en el tratado de Algeciras). En resumen, se evidencia la falta de competitividad del trigo marroquí que con unos costes de producción más elevados y unos rendimientos más azarosos (por la amenaza de las sequías) irá entrando en una espiral de desinversión y descenso de la productividad. En la década de los 30, el sueño del “granero

40 En 1919 de los 32 millones de quintales de grano que importaba Francia, solo 7 millones eran producidos por sus colonias. Esta situación provocaba la salida de más de dos billones de francos cada año fuera de la comunidad francesa. SWEARINGEN, W. D. (1987), pp. 19-22.

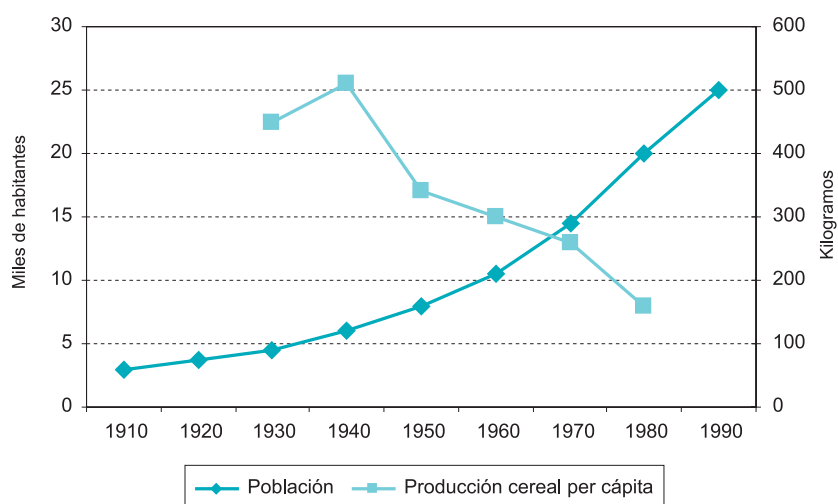
41 SWEARINGEN (1987), p. 22.

norteafricano” se había desvanecido⁴². La producción nacional no era capaz de garantizar la autosuficiencia alimentaria y el crecimiento demográfico, impetuoso a lo largo del siglo XX, terminará convirtiendo al país en dependiente de las importaciones de cereales, como único medio para alcanzar la provisión imprescindible de alimentos básicos que ahuyentara la amenaza de nuevas hambrunas como las de 1936 y 1937 (ver gráfico 7).

En busca de nuevos horizontes para las transformaciones agrarias, una serie de misiones comerciales y formativas habían acudido por aquel entonces hasta los valles de California y hasta sus universidades y centros agronómicos, dispuestos a trasladar hasta las planicies marroquíes el modelo allí existente. Del granero al “California dream”, la política de desarrollo agrario en Marruecos bascula desde entonces hacia una nueva vía de especialización que se basa en:

- a) La expansión de una agricultura comercial liderada por la producción de frutas y hortalizas tempranas.
- b) La propuesta de un vasto programa de irrigación que se marca como objetivo, ya en los años 1930, alcanzar el millón de hectáreas de tierras transformadas.

Gráfico 7. Crecimiento de la población y de la producción per cápita de cereal en Marruecos (1910-1990)



Fuente: Elaborado a partir de SWEARINGEN (1987: 183).

42 SWEARINGEN (1987), pp. 24-27.



Los proyectos hidráulicos, planificados durante la etapa colonizadora, se mantuvieron como un objetivo preferente tras la consecución de la independencia. Setenta años después podemos decir que la “política de los pantanos” ha alcanzado sus objetivos en lo que se refiere a la construcción de las obras de regulación y almacenamiento que permitirían el regadío de ese mítico millón de hectáreas. Más retraso han llevado muchas de las actuaciones complementarias que debían posibilitar la efectiva transformación en regadío de los terrenos programados. De todos modos, las obras hidráulicas y los nuevos perímetros irrigados han sido, hasta el plan de ajuste de 1983, el eje de la política de desarrollo agrario en Marruecos, y han promovido cambios espectaculares en el paisaje agrario marroquí. Un objetivo primordial de esta política de actuación (similar al de los planes hidrológicos españoles) era el de tratar de mejorar la balanza comercial, saldando con las exportaciones de cítricos y tomates, sobre todo, las importaciones crecientes de alimentos. A este objetivo colaborarán también las expediciones de fosfatos, mineral del que el estado alauita es uno de los mayores productores del mundo.

Los perímetros de nuevos regadíos trataban, además, de fijar a parte de la población a los espacios rurales transformados, tratando en suma de atemperar un tanto el fortísimo éxodo rural y la saturación de los núcleos urbanos que se acentúa después de la independencia. El balance que de esta política hacen cualificados analistas como Akesbi está impregnado de escepticismo al subrayar como las cuantiosas inversiones acometidas en la realización de estas infraestructuras, el precio “político” aplicado al agua, el régimen de exención fiscal para el sector agrario y su excesiva polarización (las actuaciones afectaron a menos del 10% de la superficie agrícola útil), no han permitido una modernización real de la agricultura marroquí⁴³. Por el contrario el déficit alimentario ha aumentado y así la balanza de productos agroalimentarios de Marruecos se mantiene con esta orientación negativa desde 1974. Al mismo tiempo, esta política había sido una de las responsables de los fuertes desequilibrios, en especial del agravamiento de un galopante déficit público, que obligaron finalmente al gobierno marroquí a aceptar el duro ajuste emprendido en 1983.

Los resultados tan magros de los sueños de las reformas agrarias emprendidas deben relacionarse además con otros factores endógenos y exógenos. Entre los primeros habría que destacar algunos de carácter institucional que tienen que ver la configuración social del mundo rural y con las estructuras sociopolíticas del país. Cuando despuntaba un Marruecos independiente, Samir Amin (1966) destacaba que el principal obstáculo al desarrollo agrario en el país no era ni financiero ni “natural”, sino más bien social. La mejora de la productividad agraria exigía una drástica disminución de los activos del sector desde la agricultura de subsistencia tradicional hacia la moderna, que, en fin, no se ha dado más que de una manera deficiente. Al mismo tiempo, aquí, como en Argelia, la diáspora de los colonos europeos supuso una verdadera pérdida de capital humano, así como la descomposición de sus redes de conocimiento y de comercialización. Las antiguas tierras de los colonos, nacionalizadas (en Marruecos en

43 AKESBI, N. (1995), pp. 77-95.

1973, en Argelia poco después de la independencia) han sido el germen, por el contrario, de empresas públicas o mixtas, que hasta recientes procesos de privatización, han retenido un importante porcentaje de las mejores tierras de la región, sin ser capaces de poner en marcha una explotación eficiente.

Los factores exógenos tienen que ver con los estímulos provenientes de los mercados internacionales para esa agricultura comercial que se trataba de poner en pie. Al respecto diré algo en el siguiente epígrafe.

5. Encuentros en los mercados internacionales: las diferentes trayectorias de integración

La dotación de factores y de recursos naturales para el desarrollo económico no es muy diferente en la España seca y en el Magreb. La modernización agraria en las dos orillas tuvo que esperar a que en la segunda mitad del siglo XX la revolución “verde” incorporara un paquete de innovaciones tecnológicas adecuado a las condiciones naturales de las agriculturas mediterráneas⁴⁴. En el Norte de África la disponibilidad de esa nueva tecnología agronómica y de la capacidad para la realización de grandes obras públicas de irrigación, no ha sido capaz, sin embargo, de asentar un proceso de modernización en el sector agrario. En el momento de recabar argumentos que ayuden a explicar la diferencia entre las dos orillas acabamos de aludir, como factor endógeno, a la incapacidad demostrada en la orilla sur para hacer transitar al campesinado tradicional hacia el agricultor moderno. También parece muy relevante comparar algunos rasgos de las dos modalidades de integración económica internacional emprendidas en ambas orillas, porque de este proceso se deriva la existencia o no de estímulos para la inversión y el desarrollo agrario.

En la Europa de la segunda mitad del XIX, en la que el comercio internacional se ampliaba a base de los tratados bilaterales y del empleo de la cláusula de nación más favorecida, el modelo de integración no debió ser muy diferente en las dos orillas hasta bien avanzado el siglo XX. Las condiciones de acceso a los mercados internacionales fueron inclusive mejores para algunas producciones norteafricanas, como las de la agricultura argelina, para las que el mercado francés, uno de los más amplios de la Europa de entonces, estuvo plenamente abierto desde etapas muy tempranas de la colonización. Seguramente, incluso, tras la Primera Guerra Mundial, la elevación generalizada de barreras proteccionistas afectaría más desfavorablemente a las exportaciones agrarias españolas que a las norteafricanas, que mantenían ese trato preferente por parte de la metrópoli francesa.

44 PUJOL, J., GONZÁLEZ DE MOLINA, M., FERNÁNDEZ PRIETO, M., GALLEGU, D. y GARRABOU, R. (2001).



En el siglo XIX el desarrollo de la agricultura de los colonos europeos en Argelia y Túnez había permitido el desarrollo de especialidades productivas que van a competir con sus homónimas españolas en los mercados internacionales. Así ocurre, por ejemplo, con el esparto en rama, que irrumpe como materia prima para la industria papelera británica a partir de 1860 y cuyo abastecimiento es cubierto durante la primera década (entre 1860 y 1869) en más de un 90% por la exportación española (entre 50 mil y 100 mil toneladas anuales originarias del Sudeste español, especialmente de la provincia de Almería). La pronta esquilmación de los atochales españoles, y sus rendimientos decrecientes, encenderían la luz del negocio en Argelia, Libia y Túnez. Grandes compañías, con el concurso de braceros peninsulares, en muchos casos, se desplegarán por las mesetas magrebíes para el arranque de esta especie tan típica de la baja montaña y de la estepa subárida. Desde 1870 hasta finales de siglo, la exportación española al Reino Unido (el principal mercado) se mantuvo en un promedio anual de 55 mil a 60 mil toneladas, pero en términos relativos su aportación al consumo de las papeleras británicas se redujo hasta situarse en torno al 28%. Por entonces, el esparto argelino contribuía con el 38 % (datos de 1887 y 1892), el de Trípoli con el 25 %, en las mismas fechas, y el de Túnez oscilaba entre el 7 y el 10 %. Más del 70% llegaba del Magreb. Sin embargo, la sobreexplotación del recurso y, sobre todo, la aparición de materias primas sustitutivas (pulpa de madera) irán poniendo techo al crecimiento de las exportaciones de esparto mediterráneas conforme avanza el siglo XX⁴⁵.

El aceite de oliva fue otro producto típicamente mediterráneo por cuyo mercado se compitió desde prácticamente todos los países ribereños. Los dos gigantes estaban en la orilla norte, España e Italia, quedando a mucha distancia Argelia, Túnez o Francia⁴⁶.

Un argumento adicional en favor de la relativa intensificación de las relaciones económicas entre las dos orillas durante el periodo colonial, nos lo proporciona la constatación de algunos “desbordamientos” que llegan a la orilla norteafricana como consecuencia del desarrollo de las industrias corchotaponera francesa y española. La materia prima corchera será extraída en grandes cantidades desde Argelia, sobre todo a partir de las medidas privatizadoras que afectaron al extenso alcornocal argelino (unas 430.000 hectáreas) y que redujeron la tercera parte a propiedad particular. Entre estos nuevos explotadores también se encontraban fabricantes españoles⁴⁷.

Pero la esperanza, a partir de la tercera década del siglo XX, de desarrollo agrario en el Norte de África estuvo vinculada a la expansión de un potente sector agrícola de frutas y hortalizas. El desarrollo de este ramo productivo se había extendido desde el último tercio del siglo XIX de manera generalizada por todo el Mediterráneo⁴⁸. La introversión económica que se

45 SÁNCHEZ PICÓN, A. (1992), pp. 297-299.

46 ZAMBRANA, F. (2000).

47 Referencias facilitadas por Pere Sala i López. Sobre el sector, ver SALA i LÓPEZ, P. (2000) y ZAPATA, S. (1985).

48 MORILLA CRITZ, J., GÓMEZ PANTOJA, J. y CRESSIER, P., eds. (1997). MORILLA CRITZ, J., ed. (1995).

Tabla 4.
Participación de los países del Magreb en el comercio exterior extracomunitario (1958-2002)

Años	% Exportaciones	% Importaciones
1958	12,2	7,2
1960	11,5	6,2
1970	4,9	8,9
1979	6,4	5,1
1980	10,7	8,0
1981	11,0	8,8
1985	7,7	10,4
1986	7,1	7,9
1987	6,1	7,6
1988	3,1	3,6
1989	3,2	3,8
1990	3,4	4,4
1991	3,3	4,3
1992	3,1	4,0
1993	3,0	3,8
1994	2,7	3,4
1995	2,8	3,3
1998	2,8	3,1
1999	2,6	3,2
2000	2,5	3,9
2001	2,6	3,9
2002	2,7	3,6

Fuente: EUROSTAT (2003): Commerce extérieur et intra-Union européenne. Annuaire statistique. 1958-72: UE-6; 1973-80: UE-9; 1981-85: UE-10; 1986-94: UE-12; 1995-2002: UE-15. Magreb: Marruecos, Argelia, Túnez y Libia.

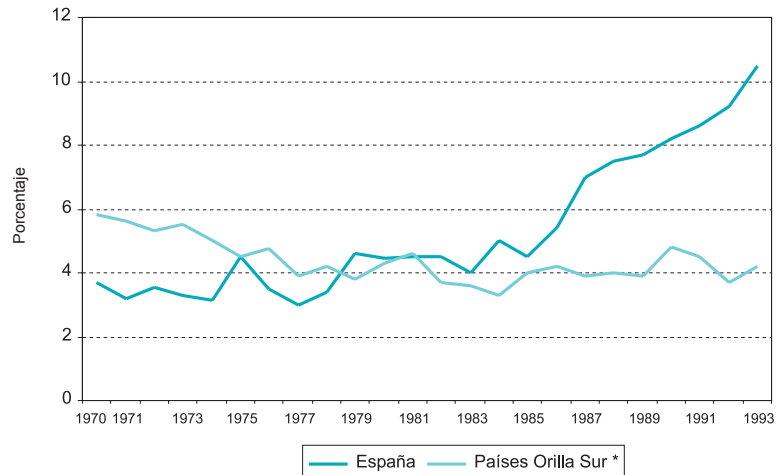
extiende entre las dos guerras mundiales, con su acompañamiento de conflictos y crisis, tendría la expansión del comercio frutero hasta los años de la segunda posguerra y de la reconstrucción europea. Con el inicio de la época dorada del desarrollo europeo (1950-1973) las expediciones de frutas y hortalizas desde los productores mediterráneos se incrementarán. Hasta este momento, la posición de las producciones norteafricanas era mejor que la española por la integración de aquellos países dentro del área de influencia francesa. Sin embargo, desde la independencia y, sobre todo, con la incorporación de sucesivos países mediterráneos a la entonces Comunidad Europea (Grecia, primero, España y Portugal, más tarde) las frutas y hortalizas de los países de la orilla sur irán perdiendo posiciones en el pujante mercado europeo.

La Tabla 4 testimonia este proceso de distanciamiento en términos relativos, entre las dos orillas que refleja, en buena medida, el retroceso relativo de las exportaciones agrícolas, que no llega a ser compensado por el incremento de las importaciones energéticas (gas natural y petróleo de Libia y Argelia) que desde los años 1970 se han convertido en el principal rubro de las exportaciones magrebíes hacia la Comunidad Europea. Desde una perspectiva sectorial el gráfico 8 certifica como la integración en Europa ha sido un factor decisivo en el crecimiento del sector exportador de frutas y hortalizas español, a costa del retroceso de los productores extracomunitarios. Aunque el éxito se cimentaba en los años anteriores a la adhesión en los que las exportaciones españolas ya superaban a los de todos sus competidores, se consolida y amplía tras la adhesión en 1986, desde la que, a pesar del periodo transitorio establecido, la penetración en el mercado comunitario es cada vez mayor, a mucha distancia de los otros productores mediterráneos.

Los gráficos 9 y 10, en los que se representan la evolución del volumen de exportación de tomate (la principal hortaliza) y los índices de exportación de naranja, inciden en algunos de los rasgos ya señalados anteriormente. A saber: el hundimiento de la agricultura comercial argelina desde los tiempos de la independencia y la pérdida de posiciones de las producciones marroquíes respecto de las españolas. Aunque frecuentemente se exponen por parte de las

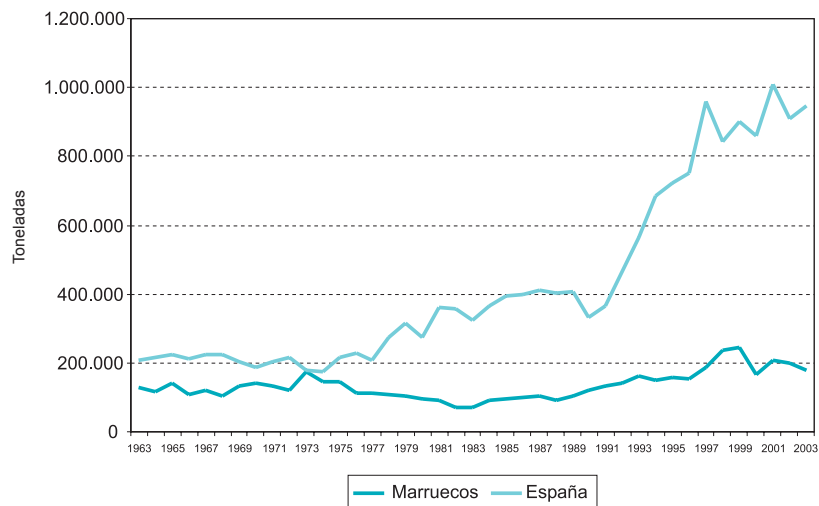


Gráfico 8. Participación de España y países del Mediterráneo Sur en las importaciones de frutas y hortalizas de la CE (1970-1993)



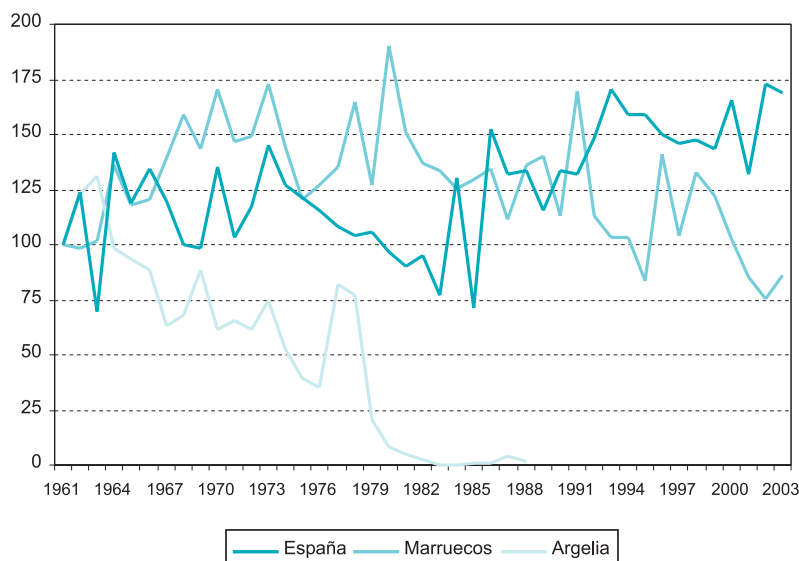
* Marruecos, Argelia, Túnez Egipto, Israel, Jordania, Líbano y Siria.
Fuente: BENSIDOUN y CHEVALLIER (1998), p. 37.

Gráfico 9. Exportaciones de tomate (1963-2003)



Fuente: FAO.

asociaciones de productores españoles quejas ante la competencia marroquí, la magnitud de su presencia en los mercados internacionales es cinco veces menor que la española. Una distancia que ha ido abriéndose desde los años 1970-1980 y que se dispara tras la apertura total del mercado comunitario para la producción española en los años 1990. Es cierto, no obstante, que el cupo asignado a Marruecos compite más con el calendario productor español que con el de otros agricultores de la UE, pero a pesar de ello, la horticultura marroquí adolece todavía, a pesar de su gran potencial, de defectos que impiden una mejora de su competitividad

Gráfico 10. índices de exportaciones de naranjas, 1961-2003 (1961=100)


Fuente: FAO.

estructural, aunque en precios puedan coyunturalmente ser lesivos para los intereses de la producción española.

Desde el punto de vista del mercado, la dependencia preponderante del mercado galo es un factor de debilidad; pero más importante es atender al entorno social y productivo que ha generado hasta ahora la producción marroquí. De hecho, el desarrollo de la agricultura intensiva al otro lado del estrecho responde a un modelo social y empresarial muy diferente del europeo. La investigación llevada a cabo recientemente por José Ángel Aznar es bastante clarificadora y nos permite observar como, de algún modo, la herencia colonial sigue presente. Para este autor, el sector agrario marroquí está obstaculizado por una elevada fragmentación, lo que impide que se constituya como un *Sistema Productivo Local*, en donde se produzcan desbordamientos tecnológicos. Su carácter de enclave (dependiente de la fuerte presencia del capital francés en la promoción de las explotaciones agrarias), no es característico de un modelo de crecimiento endógeno y limita los efectos de arrastre del desarrollo agrícola, tal y como se pueden observar en otros escenarios de la agricultura intensiva del arco mediterráneo español⁴⁹.

49 AZNAR SÁNCHEZ, J.A. (2004).

50 MIGNON, C. (1982). Un análisis comparativo entre distintas regiones mediterráneas (entre ellas, el Rif y las Alpujarras) desde la historia ecológica en MCNEILL, J.R. (1992).

51 VIGNET-ZUNZ, J. (1997).



6. A una escala regional. Campesinos y Fellahs: El Rif y la Andalucía mediterránea

A una escala regional se pueden vislumbrar mejor las analogías y las diferencias en los procesos históricos que han afectado a las sociedades de ambos lados del estrecho. Escojo a tal propósito la comparación entre dos ámbitos que a su proximidad unen fuertes similitudes ambientales y que conforman los dos semiarcos que confluyen en el estrecho de Gibraltar: el Rif marroquí, de un lado, y la Andalucía mediterránea, de otro.

La trayectoria histórica de los grupos sociales mayoritarios a ambos del Mar de Alborán, resulta aleccionadora. La montaña rifeña y la montaña andaluza han sido el solar de un campesinado minifundista que ha practicado históricamente un policultivo en el que se han combinado los cereales, básicos para la alimentación humana, con la producción de hortalizas o frutas durante los veranos⁵⁰. Los pastizales, frecuentemente de propiedad colectiva, daban sustento a un ganado que proporcionaba el suministro imprescindible de proteínas, a la vez que el bosque en la montaña constituía el reservorio energético y de materiales para aquellas sociedades tradicionales. No resulta difícil encontrar parecidos entre los agroecosistemas mediterráneos de ambos lados del estrecho. Desde el punto de vista ambiental, se produce la misma fragmentación del espacio por la presencia de una cadena montañosa cercana al mar, la misma lucha contra una penuria en las precipitaciones que se manifiesta en el rápido incremento de la aridez hacia el este (hacia el cabo de Gata en la orilla norte y hacia la desembocadura del río Muluya, en el litoral africano) e incluso la misma pelea contra la “tiranía de las pendientes” (Mignon), que queda plasmada en esos testimonios del ímprobo esfuerzo de los campesinos de uno y otro lado, por mantener la humedad, corregir la escorrentía y defender la tierra fértil de la erosión, mediante la construcción de bancales sostenidos por muros de piedra, de tierra o por setos de vegetación. Los elementos comunes, que en diferentes prácticas culturales han sido rastreados por antropólogos y geógrafos⁵¹, se completan con la coincidencia en las estrategias de pluriactividad que han desarrollado los grupos domésticos, mediante el desarrollo de una destacada manufactura o artesanía rural basada en la transformación de los recursos disponibles (cuero, cerámica, textiles, metales...), o a través de la obtención de ingresos complementarios mediante la participación en migraciones estacionales. Éstas se ha dirigido hacia áreas más o menos próximas en las que determinadas faenas agrícolas (la siega) e incluso pesqueras, han disparado estacionalmente la demanda de mano de obra, cubierta, en gran medida, por los desplazamientos de grupos de campesinos procedentes de estos espacios montañosos y con un calendario agronómico diferente al de las grandes llanuras del Tell en Argelia o del Guadalquivir o La Mancha, en España⁵².

50 MIGNON, C. (1982). Un análisis comparativo entre distintas regiones mediterráneas (entre ellas, el Rif y las Alpujarras) desde la historia ecológica en MCNEILL, J.R. (1992).

51 VIGNET-ZUNZ, J. (1997).

52 Sobre las migraciones estacionales de braceros de la Andalucía montañosa hacia la campiña, véase: FLORENCIO PUNTAS, A. y LÓPEZ MARTÍNEZ, A.L. (2000) y SÁNCHEZ PICÓN, A. (1988). Las emigraciones estacionales rifeñas en AZIZA, M. (2003).

El Rif, como la Alta Andalucía hasta mediado el siglo XX cuando se disparó la despoblación de los municipios del interior, ha sido un territorio que ha soportado unas relativamente elevadas densidades de población. Frente a las llanuras del Sebou que miran al Atlántico o las mesetas del interior, ambas pobladas por grupos de ganaderos seminómadas fuertemente arabizados, y con densidades de población muy bajas hasta bien entrado el siglo XX, las montañas del Rif, con una población bereber mayoritaria, han mostrado una ocupación humana mucho más intensa que se manifestaba en densidades de población superiores a los 30 hab/km²⁵³. En la orilla europea, por su parte, en las provincias de la Andalucía Oriental, el progreso de la ocupación humana tras la expulsión de los moriscos en 1571, sería lento en el siguiente siglo, una vez puesta en marcha la repoblación cristiana, pero se aceleraría en el siglo XVIII hasta superar a las cifras de los tiempos de la conquista mediada la centuria –unos 60.000 habitantes en la comarca de la Alpujarra, el epicentro montañoso de la región-, y proseguir hasta mediado el siglo XIX en que se alcanzaría el cenit demográfico en las comarcas del interior, con densidades superiores a la media nacional, perceptibles incluso en el área más oriental del antiguo reino nazarí, tradicionalmente muy poco poblado y que en 1857, organizado administrativamente como provincia de Almería, presentaba con unos 36 hab/km², un índice por encima del español⁵⁴.

Ya a principios del siglo XIX la presión demográfica era tan fuerte en algunas de las comarcas de la montaña mediterránea andaluza que un agudo observador como Simón de Rojas, dentro de las notas redactadas durante su periplo por el reino de Granada (1805-1809), recogería la expresión de *jornaleros universales* para calificar a los vecinos del Almanzora, las Alpujarras y los Filabres, por su disposición a aprovechar las oportunidades de empleo que se ofrecían en un circuito amplio por que iba desde las tierras de Jerez y Arcos de la Frontera, hasta las del reino de Jaén y el campo de Cartagena⁵⁵.

Aunque las dificultades de comienzos de siglo, hubieran podido ralentizar el crecimiento de la población altoandaluza, el impacto del *boom* minero a partir de 1820, se sentiría en un crecimiento tan notable que puso al oriente andaluz por encima de las tierras bajas a mediados del siglo XIX. Este dinamismo, compartido y extendido a otras provincias mediterráneas, convertiría al Sureste mediterráneo en un auténtico vivero humano adonde, desde la década de 1850, acudirían los agentes reclutadores de mano de obra de las compañías francesas que impulsaban la colonización agrícola de las tierras del Oranesado⁵⁶. Los espasmos de la activi-

53 AMÍN, S. (1966), p. 31.

54 Los datos de la población en la Edad Moderna en VINCENT, B. (1981), p. 364. La aceleración demográfica en Almería durante la primera mitad del siglo XIX en SÁNCHEZ PICÓN (1992).

55 De ROJAS CLEMENTE RUBIO, S. (1805-1809, edición de Gil Albarracín, A. (2002), p. 500. Debo esta referencia a la amabilidad de Juan García Latorre.

56 Los desplazamientos fueron alentados por la administración colonial francesa y por la activa presencia en territorio peninsular de agentes de la «Compagnie Franco-Algèrienne», concesionaria de los extensos atochales de las altiplanicies del Tell, que al socaire de la gran demanda internacional de esparto para la fabricación de papel, puso en marcha un sustancioso negocio. Con el concurso de los expertos recolectores almerienses y levantinos, la explotación de los amplios espartizales de la meseta oranesa avanzaría y la materia prima se conduciría por ferrocarril hasta el puerto de Arzew, al este de Orán. La Administración española, por su parte, mantuvo muy poca información al respecto, tanto en lo referente a la cuantía como a las causas de estos desplazamientos. El gobierno y la sociedad española en general se vieron sorprendidos ante la magnitud del fenómeno con ocasión de las matanzas de Saïda de 1881. SÁNCHEZ PICÓN, A. y AZNAR SÁNCHEZ, J.A. (2002).



dad minera, y la presión malthusiana sobre un territorio donde las roturaciones había ampliado la superficie cultivada hasta terrenos marginales, provocaron la detención del crecimiento demográfico durante la segunda mitad del XIX⁵⁷. Estas circunstancias espolearían la emigración estacional a la siega del cereal o a la recolección de los frutos de los viñedos y espartizales del Tell argelino, a fin de obtener los ingresos imprescindibles para asegurar la supervivencia de las familias campesinas.

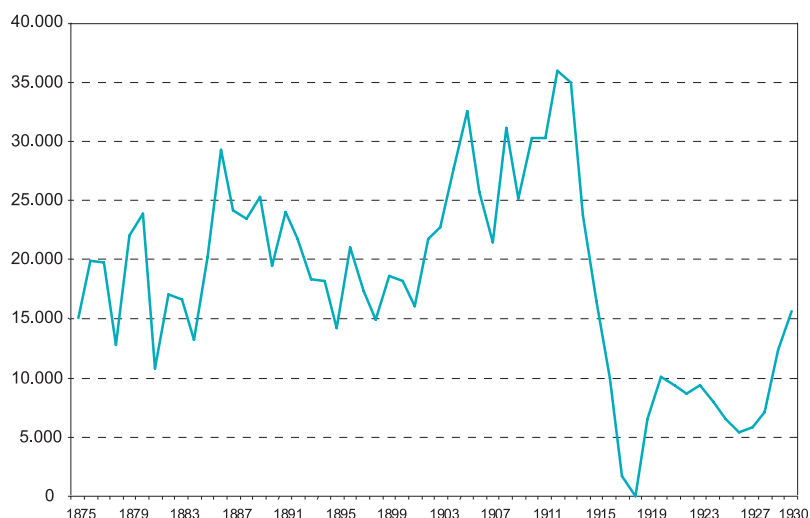
El movimiento migratorio de españoles hacia Argelia se había iniciado muy pronto con la aparición de contingentes de menorquines en los primeros compases de la colonización francesa de Argelia (a partir de la conquista de 1830), pero tomaría mayor extensión a partir de 1840-50, cuando sean sobre todo emigrantes de las provincias del Sureste (Almería, Murcia y Alicante) los que integren la mayor parte de este flujo. La emigración española hacia Argelia se concentraría en la región más occidental, en el Oranesado. Una emigración de temporada, desde abril hasta septiembre, llenaba de jornaleros españoles los campos de las inmediaciones de Orán, dedicados a la siega y a otras tareas estacionales. La preponderancia de la provincia de Almería es ya notoria a partir de 1870, y desde entonces hasta finales de siglo, se colocará por delante de Alicante y Murcia en el origen de las gentes que desembarcan cada año en la costa magrebí. Entre 1875 y 1914 el contingente anual de emigrantes oscilaría entre las 15 mil y las 30 mil personas. La interrupción posterior tras el estallido del conflicto europeo, marcaría la etapa de declive de este movimiento que a pesar de una tímida recuperación, pasaría a ser insignificante en los años 1930.

En este escenario, los trabajadores españoles se encontrarán con los jornaleros rifeños que según algunos testimonios coetáneos, se trasladaban en un número próximo a los veinte mil hasta las fincas de los colonos europeos en Argelia a la altura de 1859. En la última década del ochocientos, la población de origen rifeño registrada en la zona de Orán se situaba por encima de las 12 mil personas⁵⁸. Estas emigraciones estacionales seguían el sentido desde las dos áreas cercanas (el sureste español y el norte marroquí) con abundancia de factor trabajo como consecuencia de una situación de sobrepoblación relativa, hacia unas tierras nuevas, recién roturadas, que necesitaban una provisión abundante de mano de obra para cubrir los estacionales picos de demanda de trabajadores agrícolas para la recolección y la vendimia. La importancia cuantitativa de la aportación de la mano de obra marroquí a la tarea colonizadora en Argelia sería significativamente menor que la española, ya que, entre otras razones, el contingente demográfico del que se nutría era mucho menor. Hacia 1880 ya eran casi 95 mil los españoles residentes en Argelia, a pesar del carácter golondrina de estos desplazamientos. La competencia en el mercado de trabajo entre los inmigrantes procedentes de las dos orillas había sido muy dura desde la década de 1840, en el comienzo mismo de la colonización europea⁵⁹.

57 GARCÍA LATORRE, J., SÁNCHEZ PICÓN, A. y GARCÍA LATORRE, J. (2001).

58 AZIZA, M. (2003).

59 BONMATÍ ANTÓN, J.F. (1992). Referencia a la competencia laboral marroquí en p. 34.

Gráfico 10. Llegadas de emigrantes españoles a Argelia (1875-1930)


Fuente: SÁNCHEZ ALONSO (1995) y VILAR RAMÍREZ (1989).

Durante la segunda mitad del siglo XX las trayectorias económicas y migratorias de las dos regiones se separarán netamente. El éxodo rural en las comarcas de la montaña andaluza se dirigirá hacia las regiones más industrializadas del resto de España (Cataluña, especialmente) y del Occidente europeo (Alemania, Suiza, Francia y Bélgica), pero también hacia las ciudades de la región (Málaga, Granada y Almería) y, particularmente, hacia la franja litoral, desde el Campo de Gibraltar hasta el Cabo de Gata, donde se concentran hoy las casi tres cuartas partes de la población altoandaluza. La costa, con la combinación del *boom* turístico, nacido en el área occidental (la “Costa del Sol” malagueña) y del fenómeno del desarrollo de la agricultura intensiva y de su industria auxiliar que ha eclosionado desde el este, en el litoral almeriense, ha dado cobijo a dos de los sectores de mayor crecimiento de la economía española en la segunda mitad del siglo XX. El cambio estructural acaecido en la economía regional, con el profundo reajuste en la asignación de los factores productivos, ha colocado al Mediterráneo andaluz (Málaga y Almería, sobre todo) dentro de las zonas de mayor dinamismo económico en la España de finales del siglo XX.

Al otro lado, en la economía rifeña no encontramos apenas ecos de transformaciones de esta magnitud. Aunque el excedente poblacional que ha producido la transición demográfica marroquí de la segunda mitad del siglo XX ha impulsado el crecimiento de los núcleos urbanos de la región (Tánger y Tetuán, aparte de otros núcleos intermedios) y un potente flujo migratorio hacia Europa (Francia, primero, en los 60 y 70, España, más tarde), la mayoría de la población activa sigue dependiendo de la agricultura y, desde luego, no ha habido en su amplio litoral un desarrollo turístico reseñable. Las dificultades orográficas, apenas paliadas por una insuficiente red de transporte, perpetúan la desconexión y la fragmentación del espacio económico rife-



ño. Incluso, el desarrollo, aunque limitado y parcial, que está teniendo la agricultura intensiva en algunas zonas de Marruecos, busca en las depresiones atlánticas, como la región de Agadir, y no en el antiguo territorio del campesinado bereber, su área de expansión⁶⁰.

Sin embargo, la agricultura de la montaña del norte de Marruecos no se ha mantenido inmóvil. Se ha desarrollado una vía de especialización e intensificación insólita y difícil de cuantificar pero que ha convertido a la región en una de los mayores productores del mundo de cannabis y en el área cultivada de cáñamo mayor del planeta. Las estimaciones de principios de los años 1990 que situaban la superficie cultivada en unas 50.000 hectáreas, se han visto sobrepasadas por los datos reconocidos hacia 2001 que cifraban en más de 100.000 hectáreas la superficie destinada al cultivo de la hierba del cannabis. La expansión del cultivo de cáñamo en la zona, desde el Rif central hacia el este y el oeste, resulta, en opinión de los observadores, impetuosa, empujada por factores de oferta y de demanda⁶¹. El crecimiento de la producción está favorecido por la disponibilidad de recursos naturales (tierra y agua) y humanos (agricultores) que amplían un cultivo tradicional y con bajas barreras técnicas tanto para la obtención de la planta como para su procesado para la obtención de la resina (hachís). Desde el punto de vista de la demanda, la proximidad del mercado europeo, con un consumo creciente desde los años 70, a pesar de la penalización, genera incentivos para la ampliación del negocio. Por otro lado, la decisión del agricultor rifeño de orientarse hacia este tipo de producciones resulta racional dada las condiciones de los mercados. Otras vías de especialización, como las que pudieran derivarse de la opción por la horticultura intensiva, se encuentra limitada, por ahora, por las restricciones de acceso a los mercados europeos todavía vigentes y presenta barreras técnicas y financieras más elevadas. Sin embargo, la extensión del cultivo del kif está generando una presión insostenible sobre los recursos naturales de la zona. La deforestación feroz en muchos parajes de la montaña rifeña, la sobreexplotación de acuíferos o los excesos en el uso de fertilizantes y pesticidas, están poniendo en peligro el capital natural de la comarca y el mantenimiento de bienes públicos ambientales en un entorno de grave riesgo erosivo⁶². Asimismo, parece admisible suponer que esta producción pueda dificultar el crecimiento de otras alternativas de desarrollo económico (agricultura intensiva de producciones “legales” o turismo) que podrían competir por el uso de los factores productivos o que podrían alterar las condiciones en que se produce la logística del tráfico y transporte de la droga.

A todo ello habría que añadir que el tráfico ilegal y el contrabando consiguiente hacia la orilla española, han potenciado la aparición de otros efectos externos, también negativos, de carácter social, concretados en el surgimiento de organizaciones mafiosas que suponen un riesgo para la salud cívica de la zona. La existencia de estas entidades comercializadoras al margen de la ley, multiplica el riesgo de corrupción de la administración, lo que desdibuja y deslegitima la presencia del Estado en la zona, promocionando, en suma, unos modelos de

60 AZNAR SÁNCHEZ, J.A. (2004).

61 La prensa recoge con frecuencia datos de diferentes agencias gubernamentales que ayudan a situar las dimensiones de esta actividad. Por ejemplo: “El País”, 22-07-2001, o “El Mundo”, 28-12-2003.

62 CHIKI, N.E. y EL ABDELLAOUI, M. (1997).

liderazgo social perniciosos para el desarrollo social y económico. Las conexiones entre las redes ilegales del hachís y de la emigración, agravan este panorama. Con destino hacia la orilla rica del norte, cada noche desde la costa marroquí se preparan los cargamentos de personas y mercancías, ambas ilegales, que constituyen el principal flujo económico que las conecta hoy y que da cuenta de las muy diferentes vías de transformación económica y social acometidas a ambos lados del estrecho.

Aunque en apariencia la encrucijada en la que se abrió el foso entre los campesinos de las dos orillas pudiera parecer, en términos históricos, reciente, ya que hasta mediados del siglo XX en las dos zonas predominaba una sociedad tradicional de base agraria con una baja productividad; si observamos con un poco de sensibilidad histórica, o por el muy largo plazo, su respectiva evolución, podremos determinar algunas decisivas diferencias que mucho más atrás en el tiempo, han podido orientar trayectorias tan dispares. Algunas de ellas serían de carácter institucional, relativas a la configuración social y cultural de los *fellahs* bereberes y los campesinos andaluces, sobre las que, sin embargo, a pesar de su importancia, no me voy a extender. Sí me gustaría, por lo menos, señalar otras diferencias que tiene que ver con la articulación territorial, de un lado, y las diferentes rentas de localización, y, por otro lado, por las notables diferencias en los procesos de integración económica internacional de estas dos zonas.

Entre el litoral europeo y el litoral africano ya existían significativas diferencias de escala en el siglo XVIII, en la centuria anterior a la de la industrialización europea. La recuperación económica y comercial de la costa del antiguo reino de Granada gira en torno a la ciudad de Málaga y su puerto, beneficiados por la liberalización del comercio americano e inductores del crecimiento de una agricultura de carácter comercial en su entorno (las exportaciones de vino o de pasas). Con una perspectiva histórica creo que se puede sostener la existencia de una onda larga de desarrollo que desde esta época comenzaba a marcar diferencias con la ribera sur. La presencia de ciudades relativamente importantes, con el núcleo malagueño como catalizador del crecimiento del comercio y de diferentes ramas industriales que fueron desde el sector agroalimentarios (vinos, aceites) al metalúrgico o la química, ponían de manifiesto la existencia de unos recursos financieros y humanos y la ampliación de unas redes comerciales que conectaban con la pujante demanda europea, que no podemos encontrar en el litoral norteafricano⁶³. Aunque a lo largo de todo el periodo que va desde el XVIII a las grandes transformaciones de la segunda mitad del siglo XX, en la región económica se vivirían descabros y retrocesos económicos que ahondarían la divergencia entre la renta disponible por sus habitantes y las de las zonas más desarrolladas de España y del Occidente europeo, la apertura al mercado y la especialización económica subsiguiente habían creado un entorno favorable al crecimiento a largo plazo y a la aparición de efectos de aglomeración que serían perdurables más allá del fracaso de la “frustrada industrialización del XIX”⁶⁴. La consolidación de una red

63 Sobre el panorama comercial e industrial en el antiguo reino de Granada en el siglo XVIII: SÁNCHEZ PICÓN, A. y PAREJO BARRANCO, A. (2000).

64 Cuestionada por el mayor especialista en la historia industrial regional: PAREJO, A. (1997).



urbana y comercial a lo largo del litoral altoandaluz que desde Málaga irradiaría hacia el este en la primera mitad del siglo XIX (Motril, Adra y Almería), con un activo comercio de cabotaje e internacional, ayudaría a equilibrar el predominio histórico de los núcleos agrourbanos o administrativos y comerciales (Granada) del interior, lo que permitiría a los campesinos de la montaña disponer de intermediarios cercanos para la provisión de servicios mercantiles y financieros. Sólo así se explica la ampliación del cultivo vitícola en el XVIII por los montes de Málaga y por su Axarquía; la recuperación del cultivo de la caña de azúcar en todo el litoral en el siglo XIX, o el fenómeno del espectacular desarrollo del cultivo y la exportación de uva de mesa desde Almería desde mediados del siglo XIX. A pesar del declive y posterior desactivación de estos ciclos de apertura económica y de desarrollo de una agricultura especializada, su existencia impregnaría al medio social de la región de una aptitud hacia el mercado muy diferente de la existente al otro lado del Mar de Alborán. No está de más recordar aquí como en el surgimiento del núcleo de desarrollo agrícola más importante que existe hoy en Andalucía, la horticultura intensiva del litoral almeriense (que contagia de este a oeste al resto de la costa) podemos detectar la tradición de la antigua agricultura familiar, depositaria no sólo de una aptitud y actitud favorables hacia el trabajo duro que podemos encontrar en otras zonas mediterráneas, sino también de un hábito de conexión con el mercado que ya venía de antiguo. En el caso del norte de Marruecos, el litoral no ofrecía un dinamismo económico comparable en las postrimerías de la Edad Moderna. No había, ni habrá a lo largo de los siglos siguientes, en un espacio económico y territorial muy fragmentado, núcleos urbanos comparables, y algunas de los más importantes de los existentes (Ceuta y Melilla) eran verdaderos presidios sometidos a un asedio constante y desconectados, en consecuencia, de su hinterland. En esas condiciones los efectos virtuosos, en términos económicos, territoriales y sociales, de la apertura al comercio y de la integración en los circuitos de la economía internacional, no pudieron apenas percibirse en esta zona.

A pesar de que la complejidad de una comparación como la que acabo de realizar exige tener en cuenta un mayor número de factores a la hora de ponderar las diferentes trayectorias, he tratado de sugerir la existencia de profundas claves históricas en el desarrollo desigual de las dos zonas, más allá de determinadas coincidencias tipológicas o formales que puedan llamar nuestra atención. En términos históricos, en suma, parece que la herencia de la frontera terminó siendo más pesada para la orilla berberisca que para la orilla europea.

7. Conclusiones

Este repaso a algunos aspectos que me han parecido relevantes de la historia económica del Magreb, observada desde la orilla española, me permite recapitular, a modo de conclusión, algunas ideas que espero tengan algún interés:

1. La brecha entre los niveles de desarrollo de las dos orillas ya era evidente a comienzos del siglo XIX y ponía de relieve el rezago económico de la orilla sur durante los siglos XVI-XVIII. No obstante, la distancia económica se acentúa extraordinariamente en la segunda mitad del siglo XX, cuando se produce la explosión demográfica en el Magreb, a la vez que en España coincide la maduración de su nivel de desarrollo con la culminación de su transición demográfica.
2. El obstáculo que para la activación de los recursos de la zona supuso la situación de frontera y enfrentamiento de los siglos de la edad moderna y, en especial, el legado pernicioso para el largo plazo, de actividades económicas improductivas como el corso y la piratería.
3. Las insuficiencias del proceso de desarrollo impulsado por la administración colonial durante los siglos XIX y XX en la ribera norteafricana. Esto fue particularmente visible en las carencias del crecimiento de una agricultura mediterránea especializada que, a diferencia de la española, no era el ejemplo de un proceso de desarrollo endógeno sino una vía importada. En estas circunstancias, el evidente progreso en la integración euromediterránea se produce en un marco de dependencia colonial que la hace muy vulnerable.

La etapa posterior a la independencia, que coincide con las primeras fases de la construcción de la integración europea, va acentuando la marginación y el distanciamiento entre las dos orillas. Durante las últimas décadas las producciones mediterráneas (las agrícolas, fundamentalmente), compiten en unas condiciones muy desiguales en el mercado europeo tanto desde el punto de vista institucional como comercial y técnico. La apertura inaugurada por la firma del Acuerdo de Asociación con la Unión Europea en 1996, con la perspectiva de colaboración y de zona de libre intercambio en el año 2010, abre un escenario nuevo que debe ayudar a que de nuevo transiten recursos (capital y conocimiento) hacia el sur.

4. La ampliación de la brecha coincide con la irrupción, inesperada para la orilla española, de un fenómeno migratorio que ocupa hoy el papel central en las relaciones euromediterráneas desde muy diferentes puntos de vista (viabilidad del Estado del Bienestar, estrategias de codesarrollo, políticas de integración...). Después de siglos en que nuestros contactos se han balanceado entre la ignorancia y la desconfianza, las relaciones con nuestros vecinos del sur ocupan el centro del debate social y político y son de enorme interés estratégico de cara al futuro.



Bibliografía

- AGÉRON, C.R. (1968): *Les Algériens musulmans et la France, 1871-1919*. París, PUF.
- AKESBI, N. (1995): “La política de ajuste estructural en la agricultura marroquí (de la “política de los pantanos” a la de liberalización). *Revista española de Economía Agraria*, 172, 77-96.
- ALONSO ACERO, B. (2000): *Orán-Mazalquivir, 1589-1639: una sociedad española en la frontera de Berbería*. Madrid. CSIC.
- AMIN, S. (1966): *L'Économie du Maghreb. La colonisation et la décolonisation*. París. Les éditions de Minuit.
- ANDÚJAR CASTILLO, F. (en prensa): “Los rescates de cautivos en las dos orillas del Mediterráneo y en el mar (alafías) en el siglo XVI”, *Mélanges de l'Ecole française de Rome*.
- AZIZA, M. (2003): “Un siècle et demi de l'emigration rifaine: de l'emigration saisonnière vers Algérie à l'emigration permanente en Europe”, *Entre mondialisation et protection des droits. Dynamiques migratoires marocains: histoire, économie, politique et culture*. Casablanca, 13-15 juin 2003 (texto disponible en http://www.generiques.org/migrations_marocaines.html).
- AZNAR SÁNCHEZ, J.A. (2004) : *Análisis comparado de la competitividad de la horticultura intensiva de España y Marruecos. El caso de Agadir y Almería*. Tesis Doctoral. Universidad de Almería.
- BACON, L.B. y SCHLOEMER, F.C. (1940): *World Trade in Agricultural Products*. Rome. International Institut of Agriculture.
- BAIROCH, P. (1999): “Les écarts de revenus étaient-ils importants avant le développement économique moderne?”, en *Mythes et paradoxes de l'histoire économique*. París. La Découverte, pp. 143-154.
- BANCO MUNDIAL (2000): *En el umbral del siglo XXI. Informe sobre el desarrollo mundial*. Madrid. Mundi-Prensa.
- BENSIDOUN, I. y CHEVALLIER, A. (1998): “La diversité du développement économique et des échanges dans le bassin méditerranéen”, en *Migrations, libre-échange et intégration régionale dans le bassin méditerranéen*. París, OCDE, pp. 27-52.
- BERNARD, A. (1930): “L'Algérie” en Hanotaux, G. y Marineau, A. *Histoire des colonies françaises et l'expansion de la France dans le monde*. En <http://www.ldh-toulon.net>.
- BONMATÍ ANTÓN, J.F. (1992): *Los españoles en el Magreb (siglos XIX y XX)*. Madrid. MAPFRE.
- BRAUDEL, F. (1976²): *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. Madrid, FCE. 2 vols.

- BURGOS MADROÑERO, M. y LACOMBA, J.A. (1996): "El sector pesquero en Andalucía en la primera mitad del siglo XIX". *Revista de Estudios Regionales*.
- BUTI, G. (2003): "Ports de Méditerranée (fin XVIII-début XIX s.)" en Morales Moya, A., coord., *1802. España entre dos siglos. Ciencia y Economía*. Madrid. Ministerio de Educación y Cultura, pp. 377-399.
- CENTRE D'ÉTUDES DE POLITIQUE ÉTRANGÈRE (1952). *Industrialisation de l'Afrique du Nord*. Paris. A.Colin.
- CHIKI, Nour Eddine y EL ABDELLAOUI, Mohamed (1997): "El regadío y las transformaciones agrarias en el Rif", en González Alcantud, J.A. et al., eds., pp. 255-282.
- COURTINAT, R. (2003): *La piraterie barbaresque en Méditerranée XVI-XIXe siècle*. Paris. Gandini.
- EUROSTAT (2003): *Comerce extérieur et intra-Union européenne. Annuaire statistique. 1958-72*.
- FERNÁNDEZ DÍAZ, R. y MARTÍNEZ SHAW, C. (1983): "La pesca en España en el siglo XVIII. Una aproximación cuantitativa". *Revista de Historia Económica*, II, 3, pp. 183-202.
- FLORENCIO PUNTAS, A. y LÓPEZ MARTÍNEZ, A.L. (2000): "Las Migraciones Estacionales Agrarias en Andalucía Anteriores al Siglo XX", *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica*. Vol. XVIII. Num. I. 2000, pp. 71-100.
- FONTENAY, M. (1986): "Los fenómenos corsarios en la 'periferización' del Mediterráneo en el siglo XVII", en Pérez Picazo, M.T., Lemeunier, G. y Segura, P., eds.: *Desigualdad y dependencia. La periferización del Mediterráneo Occidental (s. XII-XIX)*. Monográfico de Áreas. *Revista de Ciencias Sociales*, pp. 116-121.
- GARCÍA ARENAL, M. y BUNES, M. A. de (1992): *Los españoles y el Norte de África. Siglos XV-XVIII*, Madrid, Mapfre.
- GARCÍA LATORRE, J., SÁNCHEZ PICÓN, A. y GARCÍA LATORRE, J. (2001): "The Man-Made Desert: Effects of Economic and Demographic Growth on the Ecosystems of Arid Southeastern Spain". *Environmental History*, January, 6:1, pp. 75-94.
- GIL ALBARRACÍN, A. (2004): *Documentos sobre la defensa de la costa del Reino de Granada (1497-1857)*. Barcelona. GBG.
- GONZÁLEZ ALCANTUD, J.A., GONZÁLEZ de MOLINA, M., MALPICA CUELLO, A. y VIGNET-ZUNZ, J., eds.: *Transformaciones agrarias en Andalucía Oriental y Norte de Marruecos*. Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación. Madrid.
- HANNA, N. ed. (2002): *Money, Land and Trade. An Economic History of the Muslim Mediterranean*. London-New York. I.B. Tauris Publishers.



- LÓPEZ GONZÁLEZ, Juan Jaime (1978): "El comercio y el movimiento portuario de Málaga durante el reinado de Carlos IV", Actas de I Congreso de Historia de Andalucía. Andalucía Moderna (siglo XVIII). Córdoba, M.P. y Caja de Ahorros de Córdoba, pp. 301-319.
- LOURIDO DÍAZ, R. (1989): *Marruecos y el mundo exterior en la segunda mitad del siglo XVIII. Relaciones político-comerciales del sultán Sidi Muhammad B. Allah (1757-1790) con el exterior*. Madrid. Ministerio de Asuntos Exteriores.
- MADDISON, A. (2003): *The World Economy. Historical Statistics*. Paris. OCDE.
- MARTÍN CORRALES, E. (2001): *Comercio de Cataluña con el Mediterráneo musulmán (siglos XVI-XVIII). El comercio con los enemigos de la fe*. Barcelona. Bellaterra.
- MARTÍN CORRALES, E. (2002): *La imagen del magrebí en España. Una perspectiva histórica, siglos XVI-XX*. Barcelona. Bellaterra.
- MCNEILL, J.R. (1992): *The Mountains of the Mediterranean World. An Environmental History*. Cambridge University Press.
- MIGNON, C. (1982). *Campos y campesinos de la Andalucía Mediterránea*. Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación. Madrid.
- MORALES LEZCANO, V. (2002): *El colonialismo hispano-francés en Marruecos (1898-1927)*. Granada. Universidad.
- MORÉ, I. (2004): "The Economic Step between Neighbours: The Case of Spain-Morocco", *Mediterranean Politics*, 9, 2, pp. 165-200.
- MORILLA CRITZ, J., GÓMEZ PANTOJA, J. y CRESSIER, P., eds. (1997): *Impactos exteriores sobre el mundo rural mediterráneo*. Madrid. MAPA.
- MORILLA CRITZ, J., ed. (1995): *California y el Mediterráneo. Estudios de la historia de dos agriculturas competidoras*. Madrid. MAPA.
- PANZAC, D. (1999): *Les corsaires barbaresques. La fin d'une épopée, 1800-1820*. Paris. CNRS.
- PAREJO BARRANCO, A. (1997) : *La producción industrial de Andalucía (1830-1935)*. Sevilla. IDR.
- PÉREZ PICAZO, M.T. (1994): "La disolución de las sociedades campesinas tradicionales en el mundo mediterráneo" en Sánchez Picón, A., ed.: *Agriculturas campesinas y mundo mediterráneo*. Almería. IEA, pp. 15-43.
- PLANCHAIS, Jean (1986): "Le peuple pied-noir. Les repatriés". *Le Monde*, 16-16 juin 1986.
- PNUD (2002): *Informe sobre Desarrollo Humano*. Madrid.
- PRADOS de la ESCOSURA, L. (2003): *El progreso económico de España (1850-2000)*. Madrid. Fundación BBVA.

- PUJOL, J., GONZÁLEZ de MOLINA, M., FERNÁNDEZ PRIETO, M., GALLEGO, D. y GARRABOU, R. (2001): *El pozo de todos los males. Sobre el atraso de la agricultura española contemporánea*. Barcelona. Crítica.
- ROJAS CLEMENTE RUBIO, S. de (1805-1809): *Viaje a Andalucía. Historia Natural del reino de Granada (1804-1809)*. Edición de Gil Albarracín, A. (2002), Barcelona, GBG.
- SALA i LÓPEZ, P. (2000): “Tecnologia, empresa i mercat en les indústries del suro”, en Maluquer de Motes, J., dir.: *Tècnics i tecnologia en el desenvolupament de la Catalunya contemporània*. Barcelona, Enciclopèdia Catalana.
- SÁNCHEZ ALONSO, B. (1995): *Las causas de la emigración española, 1880-1930*. Madrid, Alianza.
- SÁNCHEZ PICÓN, A. y AZNAR SÁNCHEZ, J.A. (2002): “Diversidad migratoria en las dos orillas del Mediterráneo. De las experiencias históricas al desafío actual”, en Pimentel, M., coord.: *Procesos migratorios, economía y personas*. Almería, Mediterráneo Económico, 1, pp. 152-174.
- SÁNCHEZ PICÓN, A. y PAREJO BARRANCO, A. (2000): “La economía (II). Industria, transportes y comercio” en Andujar Castillo, F., ed.: *Historia del Reino de Granada III. Del Siglo de la Crisis al fin del Antiguo Régimen (1630-1833)*. Granada, Universidad, pp. 393-430.
- SÁNCHEZ PICÓN, A. (1992). *La integración de la economía almeriense en el mercado mundial (1778-1936). Cambios económicos y negocios de exportación*. Almería, IEA.
- SÁNCHEZ PICÓN, A. (1988): “Marchar a las Andalucías: un episodio migratorio en la Almería del siglo XIX”, en *Homenaje al Padre Tapia. Almería en la Historia*. Almería. Caja de Ahorros.
- SERNA, A. de la (2001): *Al Sur de Tarifa (Marruecos-España, un malentendido histórico)*. Madrid. Marcial Pons.
- SPRECHER, J. (2003): *Le statut de l'Algérie et de ses habitants*. <http://www.ldh-toulon.net>.
- SWEARINGEN, W. D. (1987): *Moroccan Mirages. Agrarian Dreams and Deceptions, 1912-1986*. Princeton. Princeton University Press.
- VALENSI, L. (1978): “Le monde musulman” en Leon, P.: *La domination du capitalisme, 1840-1914*. Paris, A. Colin.
- VIGNET-ZUNZ, J. (1997): “Primeros elementos para una comparación entre dos sociedades de montaña (Rif Occidental y Andalucía Mediterránea)”, en González Alcantud, J.A., González de Molina, M., Malpica Cuello, A. y Vignet-Zunz, J., eds.: *Transformaciones agrarias en Andalucía Oriental y Norte de Marruecos*. Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación. Madrid, pp. 155-186.
- VILAR, J.B. (1989): *Los españoles en la Argelia francesa, 1830-1914*. Madrid. CSIC.



- VINCENT, B. (1981): “Economía y sociedad en el reino de Granada (siglo XVII)” en Domínguez Ortiz, A., dir.: *Historia de Andalucía vol. VI*. Barcelona, Planeta, pp. 353-372.
- YUN CASALILLA, B. (2004): *Marte contra Minerva. El precio del Imperio español, c. 1450-1600*. Barcelona. Crítica.
- ZAMBRANA, F. (2000): “De grasa industrial a producto de mantel: transformaciones y cambios en el sector oleícola español, 1830-1986”, *Revista de Historia Industrial*, 18, pp. 13-38.
- ZAPATA, S. (1985): “El alcornoque y el corcho en España, 1850-1935”, en Garrabou, R. et al., eds: *Historia agraria de la España contemporánea. Vol. 3. El fin de la agricultura tradicional (1900-1960)*. Barcelona. Crítica.